

*Para comprender
y vivir*

Hilari Raguer

Los Salmos

verbo divino

Para comprender y vivir LOS SALMOS

Hilari Raguer



evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 05
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

2.^a edición, revisada y aumentada

Diseño de cubierta: *Francesc Sala*

Dibujos: *Felisa Ugalde*

© Hilari Raguer

© Editorial Verbo Divino, 2010

Impreso en España - *Printed in Spain*

Fotocomposición y fotomecánica: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Impresión: Gráficas Lizarra, S. L., Estella (Navarra)

Depósito Legal: NA. 289-2010

I.S.B.N.: 978-84-8169-998-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos: www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Es bueno dar gracias al Señor
y tañer para tu nombre, oh Altísimo,
proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad.*

Salmo 92,2-3

Al P. Abad Sebastià Bardolet,
al P. Just M. Llorens
y también al P. Raimon Civil (†),
en el 50 aniversario de nuestra ordenación sacerdotal.

Montserrat, 24 de septiembre, 1960/2010

H. R.

Índice general

DEDICATORIA	5
PREFACIO	7
CAPÍTULO 1 Introducción al libro de los Salmos	13
1. El libro de los Salmos	13
1.1. Nombre. Lugar en las Biblias	13
1.2. Numeración	13
1.3. Divisiones	14
1.4. Formación del Salterio	15
1.5. Títulos bíblicos	15
1.6. Relecturas	16
1.6.1. El hecho de las relecturas	17
1.6.2. Relecturas en el Salterio y sobre el Salterio	17
2. Géneros literarios	18
2.1. Salmos festivos	19
2.1.1. Cantos de alabanza a Dios sin invitatorio	19
2.1.2. Cantos de alabanza introducidos por un invitatorio	20
2.1.3. Cantos de victoria	21
2.1.4. Manifestación gloriosa del Señor	21
2.1.5. Aclamación al Señor, rey del mundo	22
2.1.6. Cantos de la ciudad de Dios	22
2.1.7. Cantos de peregrinación	23
2.2. Entrada en el templo, congratulación, protección divina, felicidad junto al Señor	24
2.2.1. Diálogo de entrada al templo	24
2.2.2. Congratulación del sacerdote a los fieles (bienaventuranzas)	24
2.2.3. Oráculos que prometen la protección divina	24
2.2.4. Felicidad y seguridad junto al Señor	25

2.3. Condición divina del Mesías	26
2.3.1. El Mesías, Hijo de Dios, reinará por siempre y salvará a los desvalidos	26
2.4. Cantos de lamentación y de acción de gracias	27
2.4.1. Súplicas personales	27
2.4.2. Súplicas de un acusado inocente	28
2.4.3. Súplicas del pueblo	29
2.4.4. Confesión de las culpas del pueblo	30
2.4.5. Oración de arrepentimiento	30
2.4.6. Cantos de acción de gracias	30
2.5. Fidelidad a la alianza, meditación y exhortación	32
2.5.1. Cantos que recuerdan las vicisitudes de la historia de la alianza	32
2.5.2. Salmos alfabéticos sobre la suerte del justo y del injusto	32
2.5.3. Reclamación por la violación de la alianza	32
2.5.4. Cantos de reprensión o de amenaza profética	33
2.6. Piezas singulares	34
2.6.1. Bendición sacerdotal. Letanías	34
 CAPÍTULO 2 La oración de los salmos	35
1. Una oración personal	35
2. Un pueblo que sabía orar	37
3. Ocho consejos prácticos para orar con los salmos	39
3.1. Aprender los salmos	39
3.2. Aprender la Biblia	40
3.3. Estudiar los salmos	43
3.4. Reconstruir la «situación de vida»	43
3.5. «Triturar» los salmos	45
3.6. «Cristificar» los salmos	46
3.6.1. Cristificar «por abajo»	47
3.6.2. Cristificar «por arriba»	49
3.7. «Sentire cum Ecclesia»	53
3.8. Imitar a la Virgen María	54
4. Los salmos difíciles	54
4.1. Salmos históricos	57
4.1.1. Una fe histórica	57
4.1.2. Cantar las maravillas del Señor	58
4.1.3. Confesión de los pecados	59
4.1.4. La creación y la Ley	60

4.1.5. Jesucristo, Señor de la historia	61
4.2. Salmos de la Ley	61
5. Cinco pistas para rezar los salmos imprecatorios	64
5.1. Espejo del alma	65
5.2. Crítica de nuestra sociedad	66
5.3. Clamor contra la injusticia	66
5.4. «Venga a nosotros tu Reino»	69
5.5. Alegoría moral	69
6. El día y la noche en los salmos	70
7. Las bienaventuranzas del Salterio	74
7.1. Forma literaria de las bienaventuranzas	74
7.2. ¿Quiénes son bienaventurados, según los salmos?	75
7.3. Vino nuevo en odres viejos	76
7.4. Bienaventuranzas del Salterio	76
7.5. Bienaventuranzas del Nuevo Testamento	77
8. Los salmos y el padrenuestro	79
8.1. Jesús y los salmos	79
8.2. El padrenuestro	80
8.3. De los salmos al padrenuestro	81
8.4. Del padrenuestro a los salmos	82
9. Una catequesis sobre los salmos y el padrenuestro	83
9.1. Padre nuestro que estás en los cielos	83
9.2. Santificado sea tu Nombre	83
9.3. Venga a nosotros tu Reino	83
9.4. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo	84
9.5. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy	84
9.6. Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores	84
9.7. No nos dejes caer en la tentación	85
9.8. Líbranos del mal	85
10. Los cánticos del Apocalipsis	85
10.1. Coro de la tragedia	86
10.2. Los apocalipsis son «paráclesis»	86
10.3. «Venid a mí los que estáis cansados y fatigados»	87
10.4. Certeza de la victoria	88
10.5. Compromiso de conversión	88
10.6. Dimensión escatológica	89

11. Solistas de los salmos	89
11.1. «La hora del lector»	90
11.2. Aplicación a la salmodia	91
11.3. Relecturas y aplicaciones actuales de los salmos	92
12. Rezar en cristiano los salmos guerreros	93
12.1. Victoria pascual de Jesucristo	93
12.2. Misiones y apostolado	93
12.3. Combate espiritual	94
CAPÍTULO 3 Comentario de salmos escogidos	95
Salmo 2. El Mesías, Hijo de Dios	96
Salmo 8. Dignidad del hombre, majestad de Cristo	100
Salmo 15. La condición para habitar en la tienda del Señor	103
Salmo 19. La Palabra de Dios en la creación, la revelación y la Encarnación	107
Salmo 22. ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?	112
Salmo 36. Sed misericordiosos como vuestro Padre del cielo	117
Salmos 42-43. Ver a Dios cara a cara	119
Salmo 45. La novia del Mesías	123
Salmo 51. Conversión personal y reforma de estructuras	127
Salmo 63. Noche de insomnio	132
Salmo 72. Rezar cristianamente hoy un salmo mesiánico	136
Salmo 73. La jerarquía de valores	140
Salmo 80. El pastor de Israel	145
Salmo 85. La «conversión» de Dios	149
Salmo 89. Las fieles promesas de Dios a David	153
Salmo 95. Introducción a un retiro	159
Salmo 110. Jesucristo es el Señor	163
Salmo 114. Salir de Egipto	168
Salmo 119. La gran meditación de la Torá	170
Salmo 122. La ciudad de la paz, con especial aplicación a María	183

Salmo 131. Abandono filial a Dios	189
Salmo 133. La concordia fraterna nos viene de lo alto	192
Salmo 137. Fidelidad a Jerusalén	194
Salmo 139. Viajes alrededor de mi corazón	200
Salmo 141. Oración del atardecer	206
Salmo 149. El cántico nuevo de los <i>hasidim</i>	208
Salmo 150. El «Gloria Patri» del Salterio	212
CAPÍTULO 4 Los salmos en la Liturgia de las Horas	217
1. La Iglesia primitiva y los salmos	217
2. Los salmos en la Liturgia de las Horas	218
3. Criterios de reforma del Vaticano II	219
3.1. Pautas del concilio	219
3.2. La reforma posconciliar	221
4. Los distintos modos de salmodiar	222
4.1. Salmodia responsorial	222
4.2. Salmodia antifonal	222
4.3. Salmodia directa	223
4.4. Ventajas de la variedad	224
5. Ayudas para comprender los salmos	224
5.1. Títulos sálmicos	225
5.2. Colectas sálmicas	225
5.3. Antífonas	225
5.4. Gloria	226
BIBLIOGRAFÍA	227
ÍNDICE DE TEXTOS INTERCALADOS	229

Prefacio

En un venerado santuario japonés se conservaba un arpa mágica, de la que, según antiguos oráculos, podría brotar una melodía maravillosa el día que la pulsara un artista capaz de tocarla debidamente. Atraídos por el oráculo, y con la esperanza de hacerse así famosos, eran muchos los que acudían al santuario, aseguraban que eran grandes arpistas y pedían que les dejaran tratar de tocar el arpa mágica. Pero todos fracasaban: del arpa sólo salían ruidos desagradables.

Los bonzos custodios del santuario y todo el pueblo ya casi habían perdido la esperanza de que pudiera aparecer alguien capaz de tocar aquel instrumento misterioso, cuando un día se presentó un hombre, llamado Pei-Woh, que solicitó que le dejaran tocar el arpa. Era un desconocido, y nadie se imaginaba que llegara a lograr aquello en que tantos músicos célebres habían fracasado. Pero al advertir el gesto humilde y respetuoso con que Pei-Woh tendía los brazos para recibir el instrumento, empezaron a sospechar que podía producirse la maravilla tan deseada.

En efecto. Empezó a pulsar el arpa con suma delicadeza, como si acariciara las cuerdas con sus dedos. Daba la sensación de que el arpa y el arpista se fundieran en un solo ser, y como si fueran las cuerdas del arpa las que movieran los dedos de Pei-Woh en sus agilísimos movimientos. Durante un largo rato, que les pareció un instante, los bonzos del san-

tuario y los fieles que tuvieron la suerte de encontrarse allí aquel día se extasiaron escuchando la más hermosa melodía que jamás hubieran podido soñar.

Cuando por fin acabó Pei-Woh de tocar y devolvió con gran reverencia el arpa a los custodios del santuario, éstos, maravillados, le preguntaron cómo había podido tocar aquella música con un instrumento del que los más famosos tañedores no habían sido capaces de sacar ni una nota afinada. Entonces Pei-Woh les respondió, con gran simplicidad:

«Todos los que me han precedido en el intento llegaron con el propósito de utilizar el arpa mágica para cantarse a sí mismos. Yo, en cambio, me he sometido enteramente a ella y le he prestado mis dedos para que no fuera yo quien le impusiera mi música, sino que ella pudiera cantar todo lo que lleva dentro de sí. Entonces, la madera del arpa, que había sido árbol centenario en un bosque, ha vibrado para cantar el ritmo del sol y de la noche, los resplandores de la aurora y del ocaso, la fuerza del viento, el rumor de la lluvia, el silencio de las nevadas, el calor de los veranos y el frío de los inviernos, la ilusión de tantas primaveras y la tristeza otoñal; en una palabra: su historia de árbol. Es un instrumento maravilloso, que no pueden tañer los que están demasiado llenos de sí mismos. Hay que vaciarse ante el arpa para dejar que sea ella la que cante».

Esta leyenda japonesa se publicó en una revista de vanguardia de arte y literatura a comienzo de los

años treinta, en una época en que estaba de moda todo lo oriental, tanto la pintura como la poesía. Un joven que empezaba entonces sus estudios de historia del arte, y que un día se convertiría en notable crítico, Alexandre Cirici Pellicer, la leyó y pensó que Pei-Woh expresaba insuperablemente lo que ha de ser la actitud del crítico y del historiador del arte ante cualquier obra musical, literaria o plástica: receptividad, abrirse al mensaje que el artista quiso poner en su obra. No puede rechazar un retablo barroco alegando que a él lo que le gusta es el gótico o el románico, o menosciciar a Bach llevado de su entusiasmo por Wagner. Puede tener su gusto personal, pero no comprenderá ninguna obra de arte si no la contempla sin prejuicios.

Por mi parte, he pensado que la leyenda de Pei-Woh podría servir también para aproximarse a los salmos sin los prejuicios que a menudo nos bloquean y nos impiden saborearlos y captar su mensaje religioso e incluso humano.

Me entristecen aquellas personas tan suficientes o creídas que osan despreciar los salmos porque les parecen imperfectos, poco espirituales o demasiado alejados del evangelio. Éstos nunca los podrán entender. No se trata de negar las numerosas dificultades que el Salterio, como todo el resto de la Biblia (incluso el Nuevo Testamento) presenta. Pero hay que empezar por inclinarse reverentemente ante el arpa mágica y dejar que ella hable y cante. Algun día entenderás el sentido de aquel salmo, o de aquel versículo, que te chocaba, o simplemente no entendías; de momento fíjate más bien en los que entiendes, que te hablan, y sobre todo que te exigen, y aplica aquella regla de oro de san Gregorio Magno para adelantar en la comprensión de los misterios de las Escrituras: «poner en práctica lo poco que hayas entendido». Si así lo haces, lo comprendido arraiga para siempre, y a la luz de aquella verdad asimilada otros muchos pasajes bíblicos se te abren, y éstos a su vez, puestos en práctica, ilustran otros tantos, como en una cascada de fuegos artificiales.

El Salterio es también un árbol centenario o, por decirlo más exactamente, milenario. No es una obra escrita por un solo autor y de una tirada. Como el arpa mágica, tiene una larga historia de árbol. «Si se hace caso omiso de la dimensión de la historia, entonces las categorías míticas e ideológicas de la interpretación abren brecha en la interpretación de los salmos», dice H.-J. Kraus. Los salmos brotaron de situaciones muy reales, en situaciones individuales o colectivas de todo tipo, en las que alternan prosperidad y desastre, felicidad y sufrimiento. Tenemos oraciones de los tiempos de la monarquía, del exilio, del postexilio y seguramente también de la época de los macabeos. Es cierto que las oraciones de súplica y de alabanza individuales resultan difíciles de asignar a una época determinada, porque la mayoría de problemas que las suscitaron son de todos los tiempos; sin embargo no puede dudarse de que corresponden a una situación particular que se dio en un momento concreto, y no de alguien que se puso a escribir sobre determinado tipo de estados de ánimo.

En los libros históricos, y también en los proféticos, encontramos muchas oraciones que diversos personajes dirigen a Dios, pero hay un libro que contiene sólo oraciones, sin contexto (aunque posteriormente a alguna de ellas se les asignaron títulos que sugieren un contexto histórico): es el libro de los Salmos. Cada uno de los salmos de este libro, igual que los cantos y plegarias de los demás libros, salió de una situación concreta. Los salmos son, como dice Von Rad, «la respuesta de Israel», que no permaneció mudo ante las acciones salvíficas de su Dios en los sucesivos momentos de su atormentada historia, sino que se esforzó por actualizarlas mediante esbozos históricos siempre nuevos y, además, «se dirigió personalmente a Yahveh, le alabó, le formuló nuevas preguntas, se lamentó ante él de sus sufrimientos, porque Yahveh no se eligió un pueblo como objeto mudo de su voluntad histórica, sino para dialogar con él», y esta respuesta de Israel la encontramos en gran parte, como bien dice Von Rad, en el Salterio.

De cada una de estas épocas, algunas de las infinitas plegarias dirigidas a Dios se consignaron por escrito y se fueron coleccionando y, más tarde, como explicaremos, se fueron agrupando los cantoriales o colecciones, hasta quedar fijado el conjunto del Salterio definitivo. Así, nuestros ciento cincuenta salmos son la selección y destilación de lo mejor de lo mejor de mil años de oración de Israel. Pero este tesoro no lo podrá saborear quien se acerque a ellos cegado por sus prejuicios.

Hay otro tipo de personas, en relación con los salmos, a las que este libro quisiera ayudar. No son los que los desprecian, sino que los valoran, los admiran, se enfervorizan y deleitan con ellos, pero sólo, o principalmente, dejándose llevar del impacto ambiental que la salmodia les produce. Son personas algo románticas, adictas al latín, aunque no lo entiendan, al gregoriano y a la música de órgano. En cambio el texto de los salmos no les importa demasiado. Un historiador de la espiritualidad monástica, el P. Jean Leclercq, citaba estas palabras del antiguo Prior de la Abadía de María Laach, Emmanuel von Severus: «Cuando a las cuatro de la mañana entramos en la Iglesia, todavía oscura, y se encuentra ya en ella a un huésped, nos precipitamos hacia él para encender la luz, mas él nos dice: “Dejadla apagada, no tengo necesidad de leer, no tengo necesidad de ver: me basta con escuchar”. Cuántas veces me han dicho los huéspedes: “No puede usted imaginarse la influencia luminosa, pacificadora y penetrante que ejerce esta salmodia rítmica sobre un oyente llegado de este mundo abrumado de fatiga”» (*Espiritualidad occidental: Fuentes*, Sígueme, Salamanca 1967, p. 335). No tengo nada, muy al revés, contra quienes van a un monasterio a retirarse por unos días, o simplemente entran en una iglesia de ciudad en busca de un rato de silencio para encontrar a Dios y a la vez encontrarse a sí mismos; con todo, la oración de los salmos de la que se habla en este libro es la que se basa en su texto, con la ayuda quizás de aquellos elementos ambientales, pero sin que jamás la escenografía devore las palabras sagradas.

Por eso, antes de entrar a fondo en la explicación de la oración de los salmos, hay que dejar bien claro lo que *no* es. A continuación se puede ver la curiosa imagen de un *Quiropsalterio*, una mano con unas palabras escritas en su palma y a lo largo de los dedos. Está tomada del *Rosetum exercitiorum spiritualium* de Jan Mombaer (1460-1510), uno de los más ilustres representantes de la escuela de espiritualidad llamada *devotio moderna*. El libro se publicó por primera vez el 1496, si bien la página que reproducimos está tomada de la edición, muy aumentada, de París, el 1510. Como reacción contra una liturgia celebrada en una lengua, el latín, que la gran mayoría del pueblo no comprendía, en la Europa medieval proliferaron las devociones, practicadas al margen del culto, o incluso durante la celebración de los sagrados oficios; pensemos que hasta el concilio Vaticano II era frecuente que durante la santa misa se predicara y se rezaran novenas y rosarios. Ocurrió que incluso entre religiosos y clérigos, que sabían latín y deberían comprender las palabras de los salmos que rezaban, se difundieron prácticas piadosas durante los oficios. Algunos autores empezaron a sugerir temas espirituales para meditarlos mientras se rezaban los salmos, como cuando en el rosario se medita un misterio mientras se repiten avemarías. El invento del *Quiropsalterio* de Mombaer consistía en dividir la palma de la mano y los dedos de la mano izquierda en zonas, en cada una de las cuales estaba escrita una virtud, actitud espiritual o tema teológico; así, en el pulgar puede verse *laudatio, admiratio, contemplatio* (alabanza, admiración, acción de gracias). El truco consistía en aprenderse de memoria el quiropsalterio y entonces el monje o canónigo, mientras estaba en el coro salmodiando, con el pulgar de la mano derecha apretaba sucesivamente las distintas zonas, y así, por ejemplo, sabía que durante el primer salmo, dijera lo que dijera el texto sagrado, él había de practicar la alabanza, durante el segundo salmo la admiración, durante el tercero la acción de gracias, y así sucesivamente. Cantaba salmos, pero

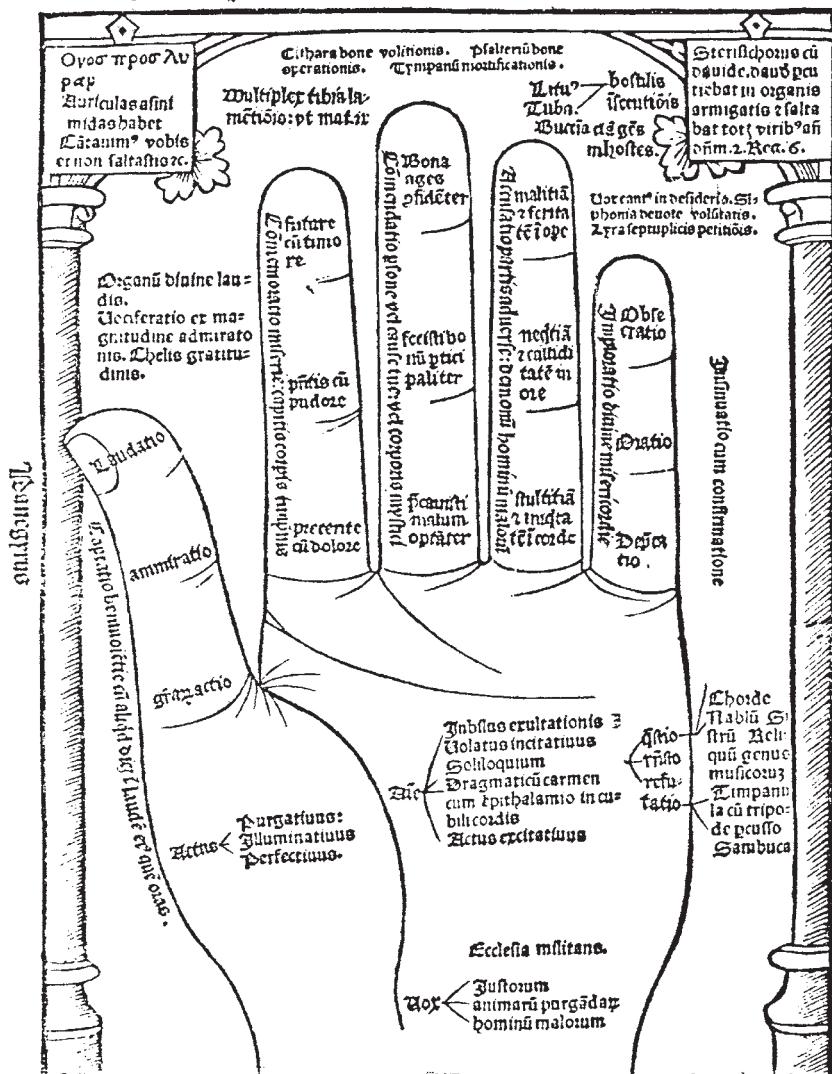
Laudate dominum quoniam bonus est psalmus.

Deo nostro sit laudatio.

Laudate eum in sono tubae in psalterio et cythara.

Pauld autem et cito israeli ludeb. ut corde domino in celibus lignis fabricatis et cyathis et lyris: et
trumpantibus et strigis cymbalio. 2. Reg. vi.

Ebriophalterium. distinc. laudis et deo psallens. Complectis spūaliter om̄e genus musicorū.



Thos² et cōcēt² ecclesiastice vnitatis angeli a lateribus

Qui habitas in Iherusalem consultant te.

Richercenturamq; confundit usq; sentibus in modis temporeis; in circulatu;

Exhortatio inuenculari ad vocem musicorum

era como música de órgano que serviría de telón de fondo para la meditación de aquellos temas.

Otro ejemplo de lo que *no* debe ser la oración de los salmos sería un devocionario de los que se usaban antes del movimiento litúrgico, con dibujos de los sucesivos momentos de la misa y unas oraciones para cada uno de ellos, que no tenían nada que ver con el sentido de lo que el sacerdote decía o hacía. En uno de estos devocionarios, el autor, en el prólogo, exhortaba al lector a seguir fielmente sus instrucciones con esta promesa: «Yo te aseguro, querido lector, que si dices las oraciones de este devocionario en los momentos que se indican, se te pasará la misa sin darte cuenta».

Estas páginas pretenden todo lo contrario: que cuando cantas o rezas los salmos te des cuenta de lo que dices. Quieren ayudar a adentrarse en la oración de los salmos de un modo vital, partiendo de la realidad de que aunque hay muchos y muy buenos comentarios exegéticos al libro de los Salmos, no abundan los que sirvan de modo práctico para aprender a orar con ellos.

La primera parte es una introducción algo técnica al libro de los Salmos, en la que lo más importante es la clasificación según los géneros literarios. Era necesario dar algunas informaciones de este tipo antes de ir a lo que sin duda más le interesaría al lector.

En la segunda parte se agrupan una serie de consideraciones acerca de la espiritualidad de los salmos, centradas en la cuestión de la oración. En esta parte trataremos de explicar cómo oraban los israelitas con los salmos, pero también y sobre todo cómo podemos nosotros utilizarlos para nuestra oración personal o comunitaria. No rehuimos la famosa cuestión de los llamados salmos imprecatorios, y confiamos que unas simples pistas permitan que, en vez de ser obstáculo a nuestra salmodia, le den realismo y arraigo en la vida.

Viene después, en la tercera parte, el comentario a unos cuantos salmos. No se han escogido por-

que sean los más importantes o los más famosos (aunque no faltan ni de unos ni de otros), sino porque podían servir de ejemplo, ya que no los podemos comentar todos, para dar un método para su estudio y un estilo tanto para rezarlos como para meditarlos.

Finalmente, dado el carácter práctico de este libro, y pensando en que la gran mayoría de sus lectores querrán comprender los salmos principalmente para poderlos rezar mejor en las celebraciones litúrgicas, hemos dedicado una cuarta parte al uso de los salmos en la Liturgia de las Horas, guiados sobre todo por la orientación oficial que es la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* (en adelante: OGLH), que, como las demás introducciones a los libros litúrgicos reformados después del concilio, es un óptimo instrumento pastoral y catequético.

De acuerdo con la presentación habitual en la colección «Para comprender», se han seleccionado una serie de textos con testimonios de todos los tiempos, desde la piedad judía y los Padres de la Iglesia hasta algunos autores contemporáneos, que, convenientemente intercalados, completarán únicamente la exposición sistemática. Confío que estas páginas ayuden efectivamente a «comprender los salmos» a todos aquellos que los rezan, y que al mismo tiempo puedan suministrar un instrumento útil para la catequesis popular de iniciación en la oración cristiana de los salmos.

De este modo nos proponemos estimular al lector a lanzarse decididamente a penetrar en los salmos. El autor de un libro sobre la piedad de los salmos lo titulaba *Miel de la roca*, aplicándoles una enigmática expresión de Dt 32,13, y con razón, porque tienen la cáscara dura. Entrar en el mundo de los salmos es al principio difícil, pero cuando uno ha hecho el esfuerzo de romper la cáscara, puede saborear una pulpa dulce como la miel, y entonces los demás materiales para la oración se encuentran fofos e insípidos. A este esfuerzo inicial quisieramos animar a todo aquel que lea estas páginas.

Cuentan que, al salir un hombre de la iglesia, le preguntó un amigo: «¿De qué ha hablado el cura en el sermón?» «Del diablo», le contestó aquél. El otro insistió: «¿Y qué ha dicho del diablo?» «No lo he entendido muy bien –dijo el primero–, pero me ha

parecido que estaba más bien en contra». Por lo que a los salmos se refiere, desearía que, después de leer este libro, al menos quedara del todo claro que estoy decididamente a favor.

Hilari Raguer



*Pintura mural,
capilla de san Martín.
Catedral Vieja. Salamanca.*

Introducción al libro de los Salmos

1. El libro de los Salmos

1.1. *Nombre. Lugar en las Biblia*

Nuestro *Libro de los Salmos* o *Salterio* recibe en la Biblia hebrea el nombre de *Tehillim* (plural anormal de *tehillah*, «alabanza» o «himno de alabanza»), o bien *Sefer Tehillim*, «libro de las alabanzas», y se encuentra, en primer lugar, entre los libros que forman la tercera parte de la Biblia hebrea, los *Ketubim* (literalmente: «escritos», llamados también «hagiógrafos»), que se hallan a continuación de la *Torá* («Ley» o, más exactamente «enseñanza») y los *Nebiim* («Profetas»). No todos los salmos son himnos de alabanza, pues lo que en ellos predomina son las súplicas o peticiones. Sin embargo, el hecho de que la compilación fuera llamada *Tehillim* indica la importancia primordial que los recopiladores finales del libro dieron a este género de oración. El nombre que mejor cuadraría al conjunto de oraciones contenidas en este libro sería el de *mizmor* (forma substantivada del verbo *zamar*, que significa cantar acompañado de un instrumento de cuerda), que se halla en el título de 57 de los 150 salmos.

La traducción griega de la Biblia llamada de los LXX los denominó *Psalmoi* («Salmos») o *Biblos Psalmion* («Libro de los Salmos»). De esta última forma se los designa en Lc 24,44 y Hech 1,20. Sólo un códice (el *Alexandrinus*) le da el nombre de *Psalterion*, que propiamente es el nombre del instrumento de cuerda con que se debían acompañar.

En la Biblia griega los salmos también encabezan la tercera sección, la de los libros didácticos o sapienciales. Añade un salmo 151, que no se halla ni en la Biblia hebrea ni en la latina, y que no consideramos canónico. Lo mismo ocurre con la antigua versión siríaca, que cuenta 155 salmos.

Las traducciones latinas, siguiendo la griega, le dan los nombres de *Liber psalmorum*, *Psalterium* o *Liber Psalterii* y lo colocan también en el tercer grupo de escritos inspirados, pero no en cabeza del grupo sino después de Job. Es el lugar que ocupa en nuestras modernas Biblia, que a pesar de ser traducción directa del original hebreo respetan el orden tradicional.

1.2. *Numeración*

Los 150 salmos auténticos no se dividen igual en las Biblia. Los salmos 9 y 10 hebreos forman uno solo en los LXX griegos y en la Vulgata latina (9,1-21 y 9,22-39). Desde el salmo 11 al 113 el hebreo cuenta una unidad más que los LXX y la Vulgata. También los 114 y 115 hebreo son uno solo en las versiones griega y latina, como salmo 113,1-8 y 113,9-26. Inversamente, el 116 hebreo se divide en los LXX y la Vulgata en los salmos 114 y 115. Pero el 146 y 147 de las versiones se unen en el hebreo para formar el 147,1-11 y 147,12-20, y así los tres últimos salmos, 148, 149 y 150, acaban igual. Por tanto, en la mayor parte del libro, los dos grandes bloques del 11 al 113 y del 117 al 146, la numeración hebrea cuenta una unidad más:

1 CORRESPONDENCIA ENTRE LAS DOS NUMERACIONES DE LOS SALMOS

Hebreo	Griego, Vulgata y libros litúrgicos
1-8	1-8
9	9,1-21
10	9,22-39
11-113	10-112
114	113,1-8
115	113,9-26
116,1-9	114
116,10-19	115
117-146	116-145
147,1-11	146
147,12-20	147
148-150	148-150

Las Biblicas modernas, que traducen directamente del original, ofrecen en primer lugar la división y numeración del texto hebreo, pero suelen añadir entre paréntesis la numeración griega y latina, que es la oficial de la Iglesia católica y la adoptada en el misal, leccionarios de la misa, rituales de sacramentos y Libro de la Liturgia de las Horas, así como en los estudios sobre estos libros litúrgicos. De este modo, «Salmo 110 (109)» significa el salmo 110 de la numeración hebrea, que es el 109 de la numeración griega y latina, y, por tanto, la litúrgica.

En casi todo este libro, mientras no se diga expresamente lo contrario, citaremos los salmos según la numeración hebrea. Pero en la cuarta parte, sobre el uso de los salmos en la Liturgia de las Horas, donde tendremos que citar copiosamente documentos litúrgicos oficiales, la numeración seguida será la litúrgica.

1.3. *Divisiones*

Nuestro Salterio se halla dividido en cinco libros, cada uno de los cuales acaba con una doxología, es decir, una frase de alabanza (41,14; 72,19; 89,52; 106,48; el 150 es todo él la doxología conclusiva del

libro entero, como explicaremos en la tercera parte, comentando este salmo. Se ha hecho notar que al final del salmo 135,21 hay también una doxología: «Bendito en Sión el Señor, que habita en Jerusalén», que es posible que fuera la primitiva conclusión del 5º libro, lo cual significaría que los salmos 136-150 se habrían añadido posteriormente. En todo caso, esta división en cinco libros se hizo, cuando el Salterio ya se había formado, para que correspondiera a los cinco libros de la Ley de Moisés, según el ciclo de lecturas para las sinagogas. No son, pues, libros de salmos que existieran antes de nuestro Salterio.

En cambio, hay indicios de colecciones anteriores a la compilación definitiva y a la división final en cinco libros. En 72,20 leemos: «Fin de las plegarias de David, hijo de Isaú», indicación que parece contradecir el hecho de que hay antes de este punto salmos no davídicos, y después otros davídicos. Esto significa que anteriormente los dos primeros libros formaban uno solo, atribuido a David. Si atendemos a los títulos que dicen «salmo de David», hay dos series o colecciones davídicas: salmos 3-41 y salmos 51-72 (aunque el 72 dice «de Salomón», y otros tres [1, 2 y 33] no llevan título de autor). La primera colección davídica (1-41) es bastante homogénea, y la mayoría de sus salmos dan a Dios el nombre sagrado de *Yahveh*. La segunda colección davídica (Salmos 42-89) llama a Dios *Elohim*.

Hay series de salmos que llamamos *elohistas* y otros que calificamos de *yahvistas*, porque los primeros llaman a Dios *Elohim* y los segundos *Yahveh*. Parece ser que en algunos salmos primitivamente *elohistas* el nombre divino, no sabemos por qué, fue cambiado por el de *Yahveh*. En la traducción litúrgica castellana, *Yahveh* se ha traducido siempre por «Señor», y *Elohim* por «Dios».

Otro indicio de la variedad de colecciones primitivas son los dobletes o repeticiones: el salmo 14 y el 53 son iguales, salvo el v. 6, y con la diferencia de que el 14 es *yahvista* y el 53 *elohista*. El salmo 70 reproduce el 40,14-18. El 108 coincide con 57,8-12 y 60,7-14.

Otras colecciones primitivas subyacentes a nuestro Salterio son las siguientes:

– Los salmos 42-49, en el interior del «Salterio elohísta» (Salmos 42-83), se atribuyen a los «hijos de Coré» (a quienes se atribuyen también los 84-88). Algunos de este grupo destacan por la elevación religiosa y por la belleza literaria; mencionemos particularmente el 42-43, el salmo de la cierva y la sed de Dios.

– Del 73 al 83, y también el 50, que va solo, se atribuyen a Asaf.

– Salmos del reino de Yahveh (93-99).

– Salmos aleluyáticos (104-106; 111-117; 135; 146-150).

– Cantos «graduales» o de las peregrinaciones (120-134).

– Más salmos davídicos (101; 103; 108-110; y el gran bloque 138-145).

Las características formales y la situación de vida de los salmos del reino de Yahveh y de los graduales se explicarán más abajo, al tratar de los géneros literarios.

1.4. *Formación del Salterio*

Teniendo en cuenta los grupos que acabamos de identificar, podemos tratar de reconstruir del modo siguiente el proceso de formación del Salterio:

a) La parte más primitiva sería la colección elohísta (42-83), que agrupó estas tres colecciones ya preeexistentes: salmos de los hijos de Coré (42-49), de David (51-71 ó 72) y de Asaf (73-83).

b) Al final de esta primera parte se añadieron algunos salmos no elohístas.

c) Se antepuso a todo lo anterior la colección davídica (2-41) y, como prólogo a todo el conjunto 2-89, el salmo 1.

d) Posteriormente se incorporaron las demás pequeñas colecciones de la segunda parte del Salterio, en un tiempo y según unos criterios difíciles de precisar.

En realidad, es poco lo que sabemos con certeza sobre la formación del Salterio, pero podemos dar por seguro que no se trata de una simple yuxtaposición de salmos, sino que el orden o situación de cada uno de ellos tiene una gran importancia. Como en las catedrales góticas, una estatua o un vitral, además de lo que por sí mismas representan, significan algo más según el lugar de la fachada o de la nave en que se hallan, y según las demás imágenes que las rodean. Según Ramón Ribera-Mariné, que está investigando de modo muy original esta cuestión, la razón principal que presidió la ordenación definitiva fue la interpretación mesiánica. Pero el misterio sigue: este autor aplica al Salterio lo que un antiguo autor judío dijo del Cántico de los Cánticos: «Hemos perdido la llave de este libro», es decir, del libro como tal, como una obra seguida.

El libro de los Salmos quedó definitivamente fijado tal como ahora lo tenemos a mediados del siglo III a.C. El prólogo de la traducción del libro de Ben Sira (hacia 117 a.C.) ya da este libro como formando parte de las Escrituras: tres veces menciona las tres partes, *Torá* (Ley), *Nebiúm* (Profetas) y *Ketubim* (Escritos). Con toda seguridad, los *Ketubim* empezaban entonces por los salmos. Este traductor parece afirmar que en tiempos del autor (su abuelo Ben Sira, s. III a.C.) ya se contaba el Salterio entre los libros sagrados. Parecen confirmarlo el propio Ben Sira 47,8-10, 1 Mac 7,17 (que cita un salmo como Palabra de Dios) y, más antiguo aún, 1 Crón 16,36, que cita la doxología del salmo 106,48.

1.5. *Títulos bíblicos*

Cuando hablamos de «títulos bíblicos» de los salmos, no nos referimos a los titulares que les anteponen las modernas ediciones de la Biblia, sino a

unos epígrafes que se nos han transmitido tanto en el texto hebreo como en todas las versiones antiguas. Muchos salmos van precedidos de unas indicaciones de diversa índole que son del mayor interés, aunque generalmente se considera que no forman parte del texto inspirado. En el Salterio hebreo llevan título 116 salmos, de los que 73 son para atribuir aquel salmo a David. En la versión griega de los LXX son 131 los que tienen título bíblico y 84 los atribuidos a David.

Los títulos bíblicos son de distintos tipos:

a) Sobre el género de aquel salmo. Los más frecuentes son *mizmor* (salmo); 57 veces; *shir* (canto), 30 veces; *maskil* (poema didáctico, o tal vez signifique «compuesto artísticamente», 13 veces; *tefillah* (oración), 5 veces; *tehillah* (himno de alabanza), que sólo se encuentra en el salmo 145, pero curiosamente es el que ha dado su nombre a todo el Salterio. Es muy discutido el título *miktam* (6 veces), que los LXX y el Targum arameo traducen por «poema para inscripción», y Kraus interpreta como «poema para fijar indeleblemente un acontecimiento».

b) *Lamed*, letra hebrea ele, que como preposición tiene el sentido general de dirección, tendencia o relación. Así, hallamos 73 salmos con el título *ldawid*, que se puede entender como indicación de autor (*lamed auctoris*) y entonces se traduciría por «salmo de David», bien como información temática, que significaría «salmo acerca de David». También encontramos *lamed* «de Asaf» (12 salmos), «de los hijos de Coré» (otros 12), «de Salomón» (Salmos 72 y 127), «de Heman, el ezraíta» (Salmo 88), «de Etan, el ezraíta» (Salmo 89) y de Yedutun (Salmo 39). Tenemos 57 salmos con el título bíblico *lmenasseah*, que al parecer significa «del (o «para el») maestro de coro», y que debe de ser una indicación musical; de estos 57 salmos, 53 llevan al mismo tiempo la atribución a algún otro personaje. La referencia a David puede indicar simplemente la existencia de antiguas colecciones daví-

dicas (cf. Salmo 72,20; 2 Crón 29,30), sin que esto implique que el rey David fuera personalmente su autor.

c) Es muy difícil saber el sentido de *lelamed* («para enseñar») y de *le'annod* («para aprender»), y peor aún *selah*, que aparece no como título sino en el interior de 39 salmos (71 veces), tal vez para indicar una pausa o para separar estrofas.

d) Explicaciones litúrgicas: *shir hamma'alot*, «canto de las subidas» o «gradual», puede referirse a los peregrinos que «subían» a Jerusalén, o a las gradas o escalones del altar o del Templo; «Canto para la dedicación del Templo» (Salmo 30); «canto para el día del sábado» (Salmo 92). Tal vez sean de este género las indicaciones «para conmemorar» y «como memorial» (Salmos 38 y 70). La versión griega de los LXX presenta más títulos litúrgicos, y en esto probablemente refleja una recensión hebrea antigua.

e) Históricas, que explicitan la atribución a David y relacionan un salmo con David cuando huía de Saúl (Salmo 7; 18; 34; 52; 57; 59; 63; 142), tras su gran pecado (Salmo 51), en sus guerras (Salmo 60) o cuando huía de Absalón (Salmo 3). Se añadieron tardíamente, con la intención de situar la plegaria del salmo, a menudo abstracta, en una problemática histórica concreta. La riqueza humana y religiosa de la vida de David se prestaba muy bien a estas aplicaciones. Los LXX añaden todavía más indicaciones históricas.

1.6. *Selecturas*

El libro de los Salmos, como dijimos en el prefacio, es el resultado de un largo proceso de acumulación de textos y de sucesivas revisiones. No sólo se añaden salmos nuevos, sino que se interpretan de un modo nuevo salmos antiguos, y este nuevo modo de entender un salmo (su nueva lectura o *re-lectura*) se traduce en retoques al texto anterior o en la añadidura de palabras, versículos, estrofas o hasta salmos enteros.

1.6.1. *El hecho de las relecturas*

La libertad con que los autores del Nuevo Testamento manejan las Escrituras no es una novedad absoluta: en el seno mismo del Antiguo Testamento hallamos ya una extraordinaria vitalidad en el proceso de actualización de la Palabra de Dios. La base de este fenómeno es la convicción de que «una palabra, que fue dirigida en una época determinada a una comunidad determinada, conserva su valor en otra época para otra comunidad que vive otra experiencia» (M. Gourgues). «La palabra antigua sigue siendo válida... tiene siempre algo que decir para ayudar a vivir la situación actual»; por eso hemos de consultarla «a partir de esta situación nueva, a fin de descubrir en ella nuevas dimensiones, con la ayuda de este nuevo punto de vista» (F. Dreyfus).

«No se puede leer el Antiguo Testamento más que como el libro de una expectación que no cesa de crecer» (G. Von Rad). La promesa de la tierra a los patriarcas, por ejemplo, toma sucesivamente diversos contenidos, ninguno de los cuales agota del todo las expectativas del pueblo de Dios: Israel continua esperando. Momentos de este proceso histórico son las alianzas con los patriarcas, la revelación del Nombre, la alianza del Sinaí, la conquista de la tierra prometida, el establecimiento de la monarquía, las promesas a David, la fundación de Sión, el Templo, etc. Los aparentes incumplimientos de las promesas aguzan esperanzas mayores. Los profetas consideran algunos de estos acontecimientos no sólo como hechos pasados sino también como susceptibles de ser proyectados hacia el futuro, que es donde hallarán su realidad más plena. Israel es un pueblo en movimiento no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, abierto siempre a ulteriores realidades religiosas: «Israel vive en el tiempo como un extranjero» (Von Rad).

Ciertos actos salvíficos de Yahveh son celebrados con himnos en pasado, pero al mismo tiempo

suscitan oráculos anunciadores de futuras intervenciones salvíficas de Dios. A menudo en los salmos se hace memoria de favores pasados como argumento para «convencer» a Dios de que realice hoy algo análogo, o para infundir al pueblo la confianza de que lo hará (p. ej., Salmos 85 y 126). Es característica de las predicciones de los profetas «una misteriosa combinación entre la fidelidad a la antigua tradición sobre la salvación y la superación radical de esta tradición» (Von Rad); p. ej., el anuncio de la nueva alianza de Jr 31,31 evoca la alianza del Sinaí, pero la interioriza. Sobre la medida de la fidelidad a la tradición y de la abertura a un futuro nuevo, el carisma profético infunde a aquel a través de quien Dios habla una gran libertad, cuyo grado varía en cada caso. «Tenemos motivos para suponer que cuando los apóstoles y evangelistas tomaban, dejaban o modificaban algo del Antiguo Testamento, lo hacían con una libertad carismática análoga a la de los profetas» (Von Rad).

Lugar privilegiado para esta actualización era el culto. En la época postexílica, la traducción que en la liturgia sinagoga se hacía del texto hebreo al arameo (*targum*, en plural *targumim*) contenía a menudo ampliaciones, adaptaciones o explicaciones edificantes. La versión griega de los LXX fue también ocasión de adaptaciones o reinterpretaciones de cara a sus destinatarios helenistas.

1.6.2. *Selecturas en el Salterio y sobre el Salterio*

El fenómeno de las relecturas se da de un modo especial en el seno del libro de los Salmos. En muchos de ellos pueden apreciarse distintos estratos redaccionales, y sin duda el proceso de agrupación del libro dio lugar a retoques que reflejan reinterpretaciones. El caso más claro de relecturas dentro de un mismo salmo es el del salmo 89, como veremos al comentarlo en la tercera parte: una catástrofe nacional lleva a añadir a las primeras promesas una lamentación y una súplica, con lo que cambia diametralmente el tono del salmo.

2 JESUCRISTO, CLAVE DEL SALTERIO DE DAVID

No hay la menor duda de que todo lo que se ha dicho en los salmos hay que entenderlo según la doctrina evangélica, de suerte que, cualquiera que sea la persona por la que el espíritu de profecía hubiera hablado, lo referimos todo al conocimiento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, a su encarnación, su pasión y su reinado, y a la potencia y la gloria de nuestra resurrección (...).

En el Apocalipsis de san Juan se nos enseña: «Al ángel de la Iglesia de Filadelfia escribe: Esto dice el Santo, el Veraz, el que tiene la llave de David, y si él abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir» (cf. Is 22,22). Tiene la llave de David, porque él desata aquellos siete sellos, o sea todo lo que David profetiza en los salmos acerca de su encarnación, pasión, muerte, resurrección, gloria, reinado y juicio, abriendo así lo que nadie puede cerrar, y cerrando lo que nadie puede abrir (...). Porque nadie sino él, de quien estos misterios se profetizaron y por quien fueron cumplidos, nos proporcionará la llave (clave) de su comprensión (...). Por eso sigue diciendo: «Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y romper sus sellos? Pero nadie era capaz, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los ancianos me dice: No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos» (Ap 5,1ss). (...) Creyendo en aquellos misterios que por medio de él se cumplieron, todo aquello que estaba sellado y cerrado se abre y se revela.

San Hilario de Poitiers, *Tratado sobre los Salmos*, Introducción, n.º 6.

Pero lo más importante del fenómeno de las relecturas, en el caso de los salmos, es la gran relectura que de todo el Salterio hacen los autores del Nuevo Testamento, que lo interpretan todo él como una gran profecía acerca de Cristo y de la Iglesia. De ahí que en el lenguaje de la Iglesia primitiva se dé a David el título de profeta. Cuando se dice sin más «el profeta», es David, o sea el Salterio,

que se le atribuía entero, tal como «el apóstol» por antonomasia es san Pablo. San Hilario de Poitiers (ver recuadro en esta misma página) afirma que Cristo es la *clavis David*, la llave o clave de David, es decir, del Salterio atribuido al rey David, que lo abre y lo cierra, porque con sus misterios redentores «cierra» lo que en los salmos se había anunciado de él, y nosotros, por la fe en aquellos misterios de Cristo, «abrimos» el Salterio, es decir, penetramos en él y lo entendemos.

Convenía recordar el fenómeno de las relecturas porque es la justificación de la interpretación cristiana de los salmos. Desde el punto de vista judío, las citas sálmicas contenidas en el Nuevo Testamento y en general el uso cristiano de los salmos son una manipulación, que se aleja del sentido genuino del salmo. Pero ante esta objeción podemos presentar el hecho de que en el seno del mismo Antiguo Testamento, y en particular del Salterio, son muy frecuentes las reinterpretaciones de textos antiguos en función de circunstancias cambiantes.

2. Géneros literarios

Aunque desde siempre se ha admirado la gran variedad de los salmos y se ha tratado de clasificarlos (los mismos títulos bíblicos son en buena parte un intento de clasificación, y san Atanasio de Alejandría nos ha dejado una clasificación muy interesante y erudita en su *Epístola a Marcelino sobre los Salmos*), el estudio técnico de los géneros literarios de los salmos parte de la obra de Hermann Gunkel *Einleitung in die Psalmen* (trad. española: *Introducción a los Salmos*, Edicep, Valencia 1983). El punto de partida de Gunkel era la situación de vida o contexto existencial:

«Las obras literarias de épocas y ambientes primitivos se distinguen de las de los pueblos desarrollados precisamente por el hecho de que no son concebidas puramente como obras escritas, sino que proceden de la vida real de los hombres y tienen su

realización en esta vida: un grupo de mujeres entona un canto triunfal ante el ejército que vuelve victorioso; las plañideras entonan, junto al ataúd, la conmovedora canción de los muertos; en el atrio del santuario, un profeta hace oír su voz atronadora ante la asamblea. Estos ejemplos, que se pueden multiplicar fácilmente, bastan para determinar que la clasificación de los géneros de una literatura antigua debe hacerse según las diversas circunstancias vitales en que nacieron estos géneros (...). La distinción de los géneros es un elemento intrínseco que se ha impuesto incluso a aquellos que descuidaban, más o menos, su importancia sin preocuparse de elaborar una interpretación de conjunto apoyados en esta base».

Haciendo el balance de los intentos hasta entonces realizados para clasificar los salmos, decía Gunkel:

«El único resultado que se ofrece a nuestra consideración es la humilde afirmación de los estudiosos: es absolutamente imposible clasificar los salmos; o, al menos, esta clasificación no ha podido hacerse hasta la fecha».

Y añadía:

«Así las cosas, se impone proceder con la mayor prudencia posible. La clasificación no puede depender de la propia inventiva, sino que debe estar fundamentada en los mismos materiales. El investigador debe procurar, en consecuencia, devolver a estos poemas su estructura primitiva, la que les es natural. Debe analizar atentamente la entidad originaria de los mismos. De este modo, tales poemas quedarán automáticamente clasificados según los distintos géneros».

A partir de Gunkel, la investigación ha progresado en gran manera en los últimos cincuenta años gracias a un mejor conocimiento de la literatura judía no canónica (Salmos de Salomón, Himnos de Qumrán) y de la poesía sagrada de los demás pueblos del Oriente antiguo (Egipto, Sumer, Ugarit).

La clasificación que a continuación ofrecemos es la del P. Guiu Camps. A alguien le podrá parecer demasiado complicada en comparación con las que ofrecen otros autores, pero seguramente es la

que mejor responde a la complicación del propio Salterio con su gran variedad de géneros literarios, que alternan incluso dentro de un mismo salmo. Inversamente, algunos salmos pueden catalogarse en más de un grupo, porque según sean de un tipo u otro, presentan, a la vez, alguna característica importante que los asimila a otro grupo.

Junto a los salmos pertenecientes a cada grupo o subgrupo, indicamos algunos cánticos del Antiguo o incluso del Nuevo Testamento que pertenecen al mismo género. Como sea que para el lector la sola indicación del número de los salmos no bastaría para identificarlos (a menos que se tomara la molestia de buscarlos uno por uno en la Biblia), damos en cada caso sus palabras iniciales, según la traducción litúrgica oficial, que es la que más nos suena o, en su defecto, para los cánticos no utilizados en la Liturgia de las Horas, según la Biblia de Jerusalén.

2.1. *Salmos festivos*

2.1.1. *Cantos de alabanza a Dios sin invitatorio*

Los cantos de alabanza tenían su situación de vida en la celebración de las fiestas y en el culto de cada día. Acompañaban la ofrenda de los sacrificios, la confesión de culpas del pueblo y otros ritos. En ocasiones extraordinarias, tales como una gran victoria militar, el traslado del arca o la dedicación del Templo, no faltaban himnos de alabanza junto a los cantos de victoria o de aclamación.

Los cantos de alabanza sin invitatorio alaban a Dios por lo que es (su grandeza, gloria, poder, sabiduría, bondad), por lo que hizo al crear el mundo (los astros, el sometimiento del mar tumultuoso, el germinar de la vida sobre la tierra, la creación del hombre puesto por encima de las demás criaturas), por lo que ha hecho para salvar a su pueblo (sobre todo la liberación de Egipto, las maravillas del desierto, el don de la tierra) y por todo lo que en su sabia providencia hace cada día en el gobierno del

universo y en bien de todos los hombres (la lluvia y la fertilidad de la tierra). Los más expresivos son los que hablan de «tú» a Dios, dirigiéndose directamente a él; otros hablan de él en tercera persona, como presentándolo al pueblo.

3 NO SE PUEDE SER BUEN JUDÍO SIN REZAR LOS SALMOS

Se cuenta del Baal Sem Tob, el iniciador del movimiento hasídico en la Polonia del siglo XVIII, que le pusieron el apodo de *der Telim jid*, que en yiddish significa «el judío de los salmos». Esto se debió a que la espiritualidad hasídica por él iniciada, y su propia formación personal, estaban más centradas en los salmos que en la Torá. En otras palabras, su mensaje era que se puede ser un buen judío sin ser experto en todas las minucias legales de la Torá, pero no se puede ser buen judío si no se rezan los salmos.

Citado por Alberto Mello, en *Un mondo di grazia. Midrash sui salmi* (Qigajon, Bosa 1995), p. 36.

8 ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

19,2-7 El cielo proclama la gloria de Dios.

65 Oh Dios, tú mereces un himno en Sión.

89,6-12 El cielo proclama tus maravillas, Señor.

104 Bendice, alma mía, al Señor. ¡Dios mío, qué grande eres!

2.1.2. *Cantos de alabanza introducidos por un invitatorio*

Son más numerosos que los cantos de alabanza sin invitación. La forma más frecuente es el imperativo de segunda persona («alabad al Señor») o, si el salmista no tiene presentes a los fieles, en forma de deseo («que alaben al Señor»). También puede expresar el salmista su deseo personal («cantaré al Señor», «celebro de todo corazón al Señor», «ensalzaré a mi Dios»).

Después de la invitación viene la motivación, introducida por un «porque» («Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia»).

33 Aclamad, justos al Señor.

92 Es bueno dar gracias al Señor.

113 Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor.

117 Alabad al Señor todas las naciones.

135 Alabad el nombre del Señor, alabadlo, siervos del Señor.

136 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

146 Alaba, alma mía, al Señor.

147 Alabad al Señor, que la música es buena.

148 Alabad al Señor en el cielo.

149 Cantad al Señor un cántico nuevo.

150 Alabad al Señor en su templo.

Dn 3,52-90 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres.

- *Variante 1:*

En tono marcadamente de alabanza.

105 Dad gracias al Señor, invocad su nombre.

- *Variante 2:*

Se aproximan a formas de acción de gracias sin referirse a un caso determinado de liberación.

103 Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.

138 Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

145 (alfabético) Te ensalzaré, Dios mío, mi rey.

1 Crón 29,10-13 Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel.

Tob 13,1-9 Bendito sea Dios, que vive eternamente.

Lc 1,46-55 Proclama mi alma la grandeza del Señor.

2.1.3. *Cantos de victoria*

Sólo el salmo 68 se puede considerar propiamente un canto de victoria, pero no sabemos a qué acontecimiento se refiere; quizás con el tiempo adquirió un sentido más genérico y acabó celebrando simplemente la soberanía de Dios. Fuera del Salterio, tenemos los cánticos de Moisés (Ex 15,1-18), Débora (Jc 5), Ana (1 Sm 2,1-10) y Judit (Jdt 16,1-17). Igual que en los salmos en que el salmista se exhorta a sí mismo a alabar a Dios, se suelen encontrar los verbos «cantar» y «enaltecer».

68 Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos.

Ex 15,1-8.21 Cantaré al Señor, sublime es su victoria.

Jc 5 Al soltarse en Israel la cabellera.

1 Sm 2,1-10 Mi corazón se regocija en el Señor.

Jdt 16,1-17 Cantad a mi Dios con panderos.

- **Variante:**

Cantos que se asemejan a los de victoria.

18 Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

21 Señor, el rey se alegra por tu fuerza.

144 Bendito el Señor, mi roca.

149 Cantad al Señor un cántico nuevo.

Is 12,1-6 Te doy gracias, Señor, porque estabas airado contra mí.

Is 25,1-5 Señor, tú eres mi Dios, yo te ensalzo.

Is 26,1-19 Tenemos una ciudad fuerte.

2.1.4. *Manifestación gloriosa del Señor*

Más que un género aparte, recogemos en esta sección ciertas formas que volveremos a encontrar en varios géneros o familias de salmos.

La teofanía o manifestación gloriosa del Señor en la tempestad era el tema de cantos muy antiguos, que datan de los primeros tiempos de la época

ca de los Jueces (ss. XII-XI a.C.). La situación de vida originaria de estos cantos era seguramente el momento de emprender una batalla decisiva, y más en concreto el momento de la llegada del arca de la alianza al campamento de los israelitas, antes de entrar en combate, y que provocaba entusiasmo de propios y terror de extraños, según se nos describe en 1 Sm 4,5-8. Así, el salmo 68 empieza con las palabras que según Nm 10,35 pronunciaba Moisés cuando, durante la estancia en el desierto, el arca se ponía en marcha, y tras ella todo el pueblo: «Se levanta Dios, y se dispersan todos sus enemigos». La llegada del arca desde su santuario al campamento militar era celebrada como una manifestación de Yahveh. Pero ninguno de estos cantos nos ha llegado enmarcado en su contexto primitivo, sino parcialmente incluidos en cantos de victoria, o bien han servido de introducción al anuncio de un juicio de Dios, o de cualquier otra acción salvífica suya.

Estos cantos suelen constar de tres partes. La primera, breve, anuncia que el Señor llega desde el lugar santo donde reside (el Sinaí, Seír, su monte santo, etc.) y que se acerca, generalmente en forma de tormenta. La segunda parte, más extensa, describe la conmoción que experimentan los cielos y la tierra ante la divina presencia. La tercera, muy breve, es un anuncio de salvación. En los textos más tardíos Dios viene para juzgar (a su pueblo, a los enemigos, o a todas las naciones). Los ejemplos más claros son Hab 3 y el salmo 18.

18,7-20 En el peligro invoqué a mi Dios.

144,5-8 Señor, inclina tu cielo y desciende.

68,8-9.15-19.33-36 Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo.

Dt 33,2-5.26-29 Ha venido el Señor desde el Sinaí.

Jc 5,4-5.20-21.31 Cuando saliste de Seír, Señor.

Na 1,2-11 ¡Dios celoso y vengador Yahveh!

Hab 3 ¡Señor, he oído tu fama!

- *Variante:*
En cantos de aclamación o sobre la gesta del Éxodo.
 - 29 Hijos de Dios, aclamad al Señor.
 - 77,12-21 Recuerdo las proezas del Señor.
 - 97,2-5 Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono.
 - 99,1 El Señor reina, tiemblen las naciones, sentado sobre querubines, vacile la tierra.
 - 114,1-8 Cuando Israel salió de Egipto.

2.1.5. *Aclamación al Señor, rey del mundo*

Se ha supuesto que en Jerusalén se celebraba cada año, en el equinoccio de otoño, la fiesta de Año Nuevo, con una procesión con el arca, para recordar la victoria de Yahveh en la obra de la creación y su señorío sobre todos los pueblos. Tal pudo haber sido la destinación original de este grupo de salmos.

Su estructura es como la de los cantos de alabanza, con invitación en segunda persona del plural («aclamad»), pero aquí la invitación, más que a alabar, es a «cantar» o «aclamar» con gritos de fiesta y al son de cuernos, «aplaudir», «prosternarse», etc. Invita a todos los pueblos del mundo, y también a los seres divinos o ángeles a los que llama «hijos de Dios». Los principales salmos de este grupo contienen el grito que el pueblo repetía en la entronización de un nuevo rey («¡Salomón es rey!»), pero aplicándoselo a Dios («¡Yahveh es rey!»). Algunos de estos salmos, los llamados «del reino de Yahveh», datan seguramente del tiempo del exilio babilónico, cuando la institución monárquica ha fracasado y ya no reina ningún príncipe del linaje de David.

Caracteriza a estos salmos el universalismo. Los motivos de alabanza se refieren a la obra salvadora que se extenderá por todo el mundo, y al juicio sobre todos los pueblos.

- 24 Del Señor es la tierra y todo cuanto la llena.
- 29 Hijos de Dios, aclamad al Señor.
- 47 Pueblos todos, batid palmas.
- 93 El Señor reina, vestido de majestad.
- 96 Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra.
- 97 El Señor reina, la tierra goza.
- 98 Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.
- 99 El Señor reina, tiemblen las naciones.
- 100 Aclamad al Señor, tierra entera.

- *Variante:*
Rey del mundo y redentor de Israel.
 - Is 42,10-17 Cantad al Señor un cántico nuevo, que lo alaben en el confín de la tierra.
 - Is 44,23 ¡Gritad, cielos, de júbilo, porque el Señor lo ha hecho!

2.1.6. *Cantos de la ciudad de Dios*

Sin invitación inicial, los salmos de este grupo hacen el elogio de la ciudad santa, a causa de la presencia de Dios en medio de ella, lo que la hace invencible. Además, la colma de sus dones y casi la iguala al paraíso (que es un modo de designar el lugar donde se supone que Dios tiene su residencia; cf. las palabras de Jesús al buen ladrón, Lc 23,43). Como en los cantos de aclamación, Dios derrota a los pueblos rebeldes que atacan la ciudad santa, cuya salvación habrá de extenderse a todos los pueblos. Son un elogio indirecto a Dios, a través de su ciudad.

- 46 Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza.
- 48 Grande es el Señor, y muy digno de alabanza.
- 76 Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel.
- 87 Él la ha cimentado sobre el monte santo.

- *Variante:*

Varios salmos relacionados con Sión.

126 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar.

132,8-9.13-18 Levántate, Señor, ven a tu mansión, ven con el arca de tu poder.

137 Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión.

Is 2,2-5 = Mi 4,1-5 Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor.

2.1.7. *Cantos de peregrinación*

Los salmos del grupo que acabamos de ver celebran a Jerusalén como ciudad donde Dios habita y como centro del universo; los que vamos a enumerar a continuación la consideran como la capital y el centro de la vida de los israelitas.

Los códigos israelitas más antiguos (Éx 23,17; 34,23; Dt 16,16) ya ordenaban, en las tres grandes solemnidades del año, peregrinar a Jerusalén, donde se custodiaba el arca, símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo y recuerdo de la salida de Egipto y de la conquista de la tierra prometida. En Jc 21,19-21; 1 Sm 1,3-28; 2,11-20 encontramos referencias a las primitivas peregrinaciones anuales al templo de Siló, donde se guardaba el arca de la alianza. El centro religioso de Israel pasó a ser Jerusalén cuando David instaló allí el arca, y más aún cuando Salomón edificó el templo. Más tarde, el precepto de la peregrinación se practicaba de varias maneras, pero la costumbre de las «subidas» a Jerusalén se mantuvo siempre, como podemos ver por el relato de la infancia de Jesús (Lc 2). Los israelitas piadosos estaban contentos de poder ir a Jerusalén a «ver a Dios», eso es, visitarlo en su templo. En el templo se sentían íntimamente unidos a Dios, estaban seguros de que escuchaba sus oraciones y le pedían que bendijera a su Ungido (el rey, que a la vez era como una personificación del pueblo entero) y que concediera paz y seguridad a la ciudad

santa, y por medio de ella a todo el pueblo. En el lenguaje del Nuevo Testamento, «ver a Dios» no querrá decir entrar en un templo, sino contemplarle cara a cara, como hacen los ángeles (Mt 18,10; Ap 22,4), lo cual exige un corazón limpio (Mt 5,8, bienaventuranza de los limpios de corazón; Ap 21,27, en la nueva Jerusalén «no entrará nada impuro»).

Estos salmos de los peregrinos, llamados también «graduales», o «de las subidas» (Salmos 120-134), pertenecen desde el punto de vista de la clasificación en géneros literarios a diversas familias, pero tienen una indudable unidad. Casi todos son breves y muy sentidos. El lenguaje es simple, pero expresivo. Mencionan bastante (al menos en comparación con el resto del Salterio) a Israel, Jerusalén y Sión. Aunque el salmista hable en singular, se trata de un «yo» colectivo. El «niño en brazos de su madre» del salmo 131 es la actitud de confianza filial que quiere adoptar el pueblo entero ante su Dios.

Cuando se recopilaron en una colección, la situación de vida de estos salmos era el ambiente de los peregrinos en el templo restaurado después de la deportación de Babilonia.

84 ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los Ejércitos!

122 Qué alegría, cuando me dijeron: «¡Vamos a la casa del Señor!»

- *Variante:*

Los salmos graduales, pertenecientes a diversas familias.

120 En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió.

121 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

123 A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo.

124 Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte.

125 Los que confían en el Señor son como el monte Sión.

126 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión.

- 127 Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles.
- 128 ¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!
- 129 Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud.
- 130 Desde lo hondo a ti grito, Señor.
- 131 Señor, mi corazón no es ambicioso.
- 132 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.
- 133 Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos.
- 134 Y ahora bendecid al Señor, los siervos del Señor.

2.2. Entrada en el templo, congratulación, protección divina, felicidad junto al Señor

2.2.1. Diálogo de entrada al templo

Hasta entre los paganos había la conciencia de que para comparecer ante Dios era preciso guardar una vida pura. Un canto sagrado egipcio decía: «Bendito el que desembarca en Tebas, residencia de la Verdad (...). Los pecadores no entran en el lugar de la Verdad».

Los judíos acentúan aún más esta exigencia. La llegada de las caravanas de peregrinos era ocasión de un ritual de recepción, con un diálogo entre los fieles que llegaban y el sacerdote que guardaba la entrada del templo.

La estructura suele ser: pregunta de los peregrinos, respuesta del sacerdote y promesa o bendición final.

- 15 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?
- 24,3-6 ¿Quién puede subir al monte del Señor?
- Is 33,24-16 ¿Quién de nosotros habitará en un fuego devorador...?
- Mi 6,6-8 ¿Con qué me presentaré yo ante el Señor?

2.2.2. Congratulación del sacerdote a los fieles (bienaventuranzas)

Dentro del Antiguo Testamento, las bienaventuranzas son especialmente numerosas en el libro de los Salmos, donde, por lo demás, parecen haber conservado su situación de vida originaria. En pasajes históricos, las bienaventuranzas pueden tener el sentido familiar de congratulación por algún acontecimiento favorable. En los escritos sapienciales, y en los salmos de estilo sapiencial, han pasado a ser una sentencia que quiere alentar a los que viven como Dios manda. Pero en los salmos a menudo las bienaventuranzas proceden de una situación de vida en la que el sacerdote se dirigía a un peregrino o a un grupo que acudía al templo.

- 1 Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos.
- 112 Dichoso quien teme al Señor y ama de corazón sus mandatos.
- 128 ¡Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos!

- *Variante:*
Textos parecidos.

- Jr 17,7-8 Bendito aquel que fía en el Señor.
- Sir 14,20-15,10 Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría.
- Sir 31,8-11 Feliz el rico que fue hallado intachable, que tras el oro no se fue.

2.2.3. Oráculos que prometen la protección divina

Como en el grupo anterior, la situación subyacente debió ser la felicitación o el dar ánimo de un sacerdote al fiel o a los fieles que confían en el Señor.

La estructura es: primero, palabras (breves) de un fiel sobre su confianza en el Señor; segundo, un sacerdote o profeta del santuario le asegura que el Señor le protege y que lo guardará de todos los peligros.

- 91 Tú que habitas al amparo del Altísimo.
121 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

- *Variante.*

- 125 Los que confían en el Señor son como el monte Sión.

2.2.4. *Felicidad y seguridad junto al Señor*

Algunos autores llaman a estas oraciones «*salmos del huésped de Yahveh*». Se parecen al grupo anterior por el tono de esperanza, pero en estos salmos el fiel no recibe ninguna respuesta de un sacerdote, sino que es él mismo quien proclama que se siente feliz de encontrarse acogido junto al Señor. El salmista tal vez funda su certeza en una comunicación divina experimentada mientras dormía (cf. Salmo 16,7: «Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente»). En segundo término pueden aparecer los enemigos que le amenazan, y que quizás personifican al más temible de todos los peligros que corre su relación con Dios: la muerte; cf. 1 Cor 15,26: «el último enemigo vencido será la muerte».

4 DEJARSE LLEVAR POR LOS SALMOS HACIA DIOS

Los salmos son palabra de Dios; palabra, que dice él, en cuanto un hombre, arrebatado por él, dice su palabra humana. Por tanto, son revelación, que lleva a la salvación. Pero esto, en una forma particular, a saber: la de la oración. No proceden de la experiencia de un espíritu humano –por ejemplo, de un profeta– que haya conocido la verdad divina y diga «Así habla el Señor», sino de la emoción de un hombre que se dirige a Dios en oración. Tal es el modo como se han de tomar propiamente los salmos; no leyéndolos, considerándolos, estudiándolos, sino dejándose llevar por ellos hacia Dios en su movimiento.

Romano Guardini, *Los Salmos* (Obras, II, Cristiandad, Madrid 1981), pp. 206-207.

Son salmos doctrinalmente muy importantes, porque este clima de amistad íntima con Dios queda abierto a la esperanza de una vida eterna.

Estructura general: Empieza con una declaración de confianza o de felicidad; después alaba la solicitud del Señor para con él, en contraste con la confusión de sus enemigos; finalmente, canta de nuevo la felicidad eterna cerca de Dios. Las cosas materiales que hacen felices a la mayoría de los hombres, tarde o temprano se pierden, mientras que la amistad con Dios, como Dios mismo, no puede ser efímera.

- *Estructura de la variante 1:* un tríptico, que contrapone el fracaso de los injustos, excluidos de la amistad de Dios, a la felicidad de los que se refugian bajo sus alas.

- *Estructura de la variante 2:* comienza con una laboriosa reflexión sobre lo bien que se lo pasan los injustos, en contraste con los males que aquejan al justo, pero finalmente Dios le revela que los malos acabarán en un gran desastre, en tanto que los buenos quedarán unidos a Dios por siempre jamás.

4 Escúchame cuando te invoco, Dios defensor mío.

16 Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

23 El Señor es mi pastor, nada me falta.

27 El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?

31 A ti, Señor, me acojo: que no quede yo nunca defraudado.

42-43 Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

61 Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica.

62 Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación.

63 Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti.

- *Variante 1:*
Esperanza del justo ante la suerte del injusto.

36 El malvado escucha en su interior un oráculo del pecado.

52 ¿Por qué te glorías de la maldad y te envalentonás contra el piadoso?
- *Variante 2:*
Reflexión: el justo no se separará de Dios, mientras que el malo desaparecerá.

49 Oíd esto, todas las naciones, escuchadlo, habitantes del orbe.

73 Qué bueno es Dios para el justo, el Señor para los limpios de corazón.

2.3. Condición divina del Mesías

2.3.1. *El Mesías, Hijo de Dios, reinará por siempre y salvará a los desvalidos*

Son los salmos reales. Entendemos por salmos reales no todos los que hablan del rey, sino sólo aquellos que se refieren a la fiesta de entronización, o a alguna otra celebración en la que el rey ocupa el lugar central. Todos estos salmos son del tiempo de la monarquía, anteriores por tanto al año 586 a.C., y algunos (45, 89 y quizás el 110) podrían ser de comienzos de la monarquía (s. x a.C.).

En el Israel más primitivo, el único rey era Yahveh. Cuando el pueblo pidió tener un rey como las demás naciones, Dios se lo permitió, pero con la condición de que el rey cumpliera la Ley de la alianza, y previniéndoles contra los peligros del despotismo real (cf. 1 Sm 8,5; 12,12-15; Dt 17,14-20; 1 R 2,2-4; en la Biblia coexisten una versión monárquica y otra antimonárquica del origen de la monarquía). Así se corregía la ideología monárquica imperante en algunos países vecinos (Egipto, Mesopotamia, Fenicia), que divinizaba a los soberanos y les confería un poder absoluto. Incluso un rey perverso, como Ajab, tiene un concepto de su po-

der mucho más limitado que el de su mujer, la reina Jezabel, hija del rey fenicio de Sidón, y se resiste a arrebatar a Nabot la viña que éste no le quiere vender; Jezabel tendrá que arreglar la cuestión al estilo de su tierra (1 R 21).

5 SENTIDO MESIÁNICO

Quien recita los salmos en nombre de la Iglesia debe dirigir su atención al sentido pleno de los salmos, en especial al sentido mesiánico que movió a la Iglesia a servirse del Salterio. El sentido mesiánico se manifestó plenamente en el Nuevo Testamento, y el mismo Cristo Señor lo puso de manifiesto al decir a los apóstoles: «Tiene que cumplirse todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos».

Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 109.

En la Biblia, la atribución al rey de una filiación divina sólo se encuentra en 2 Sm 7,5-29 y en estos salmos reales, y aun en estos casos con una doble corrección: un riguroso monoteísmo, y también un sentido de igualdad de todo el pueblo de Dios, en virtud de la alianza, que frena la arbitrariedad. En el comentario al salmo 110 trataremos de la cuestión de si los oráculos de estos salmos suponen un ritual de adopción, como generalmente suele decirse, o se trata más bien del ritual de reconocimiento de paternidad.

Son formas típicas de estos salmos el oráculo (que proclama la filiación divina del rey y le promete la victoria) y los augurios de justicia, prosperidad bajo su reinado y, para él, vida y reinado eternos. La fraseología grandilocuente recuerda el llamado «estilo de corte» que encontramos también en textos de otros reinos del Antiguo Oriente, pero en estos salmos responde a una realidad del plan de Dios que, junto con la visión del Hijo del Hombre de Dn 7 y los cantos del Siervo de Yahveh (Is 42; 52,13-53,12; 61,1-2), se cumplirá en la persona del Mesías Jesús.

Podemos asimilar a estos salmos el 132, que ya hemos contado entre los relacionados con Sión (2.1.6.), y que contiene una súplica por el rey que recuerda las promesas a David.

- 2,6-9 Yo mismo he establecido a mi rey en Sión, mi monte santo.
- 20 Que te escuche el Señor el día del peligro.
- 21 Señor, el rey se alegra por tu fuerza.
- 45 Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey.
- 72 Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes.
- 89,1-5.13-38 Cantaré eternamente las misericordias del Señor.
- 101 Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor.
- 110 Oráculo del Señor a mi señor: «Siéntate a mi derecha...».
- *Variante.*
- 132 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.

2.4. *Cantos de lamentación y de acción de gracias*

Todos los salmos de los grupos hasta ahora examinados tenían un tono festivo. Los de la presente sección proceden de situaciones dolorosas, ya superadas o todavía no, individuales o colectivas. Lo que más abunda en el Salterio son las súplicas. Cuando la súplica haya sido escuchada, será normal la acción de gracias.

2.4.1. *Súplicas personales*

Los salmos de este numeroso grupo presentan algunas formas literarias (invocación, queja, petición) que pueden aparecer también en otros grupos (como los de la felicidad junto al Señor, algunos

de los alfabéticos y los de acción de gracias). De los salmos citados, los pertenecientes a la escuela de Jeremías se indican así: (Jr). Todo el mundo admite la relación entre este grupo de salmos y el libro de Jeremías, y más en concreto las llamadas «confesiones»; pero mientras unos autores sostienen que los salmos derivan del libro profético, otros piensan que, al contrario, en las «confesiones de Jeremías» hay una relectura a la luz de estos salmos.

6 LA VIDA ES UNA ALABANZA A DIOS

Toda nuestra vida presente debe discurrir en la alabanza de Dios, porque en ella consistirá la alegría sempiterna de la vida futura; y nadie puede hacerse idóneo de la vida futura si no se ejercita ahora en esta alabanza. Ahora, alabamos a Dios, pero también le rogamos. Nuestra alabanza incluye la alegría, la oración, el gemido. Es que se nos ha prometido algo que todavía no poseemos; y, porque es veraz el que lo ha prometido, nos alegramos por la esperanza; mas, porque todavía no lo poseemos, gemimos por el deseo. Es cosa buena perseverar en este deseo, hasta que llegue lo prometido; entonces cesará el gemido y subsistirá únicamente la alabanza.

San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 148, 1.

Los salmos de este grupo presentan completa la siguiente estructura:

a) Invocación, con un vocativo en forma simple («Señor», «Dios mío») o acompañado de un atributo («Dios de justicia»), un imperativo de invocación («escúchame», «sálvame», «líbrame», «no tardes»), una deprecación («que llegue a ti mi clamor», «que suba hasta ti mi súplica») o una expresión indicativa («clamo a ti», «te invoco», «levanto a ti mis ojos / mis manos»), o bien mencionando a Dios en tercera persona («mi grito implora al Señor»).

b) Queja. Suele ser la parte más extensa y expresiva. Puede constar de tres partes, que se presentan en orden variable:

1^a queja por el abandono que sufre de parte de Dios;

2^a lamentación sobre la propia desgracia;

3^a queja por el comportamiento de sus enemigos.

A veces, en estas súplicas individuales y también en las de todo el pueblo (cf. más abajo, 2.4.3.), encontramos un interrogante retórico que es en realidad súplica angustiada ante una situación dolorosa que está durando demasiado tiempo: «¿Hasta cuándo, Señor...?» El tono es a menudo muy atrevido, en contraste con los elogios a la bondad de Dios y las expresiones de confianza que predominan en las súplicas.

c) Petición, a veces incluida en la lamentación o hasta en la invocación. La forma es semejante a la de las invocaciones.

3 Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí.

6 (Jr) Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.

13 ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?

22 (Jr) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

28 A ti, Señor, te invoco. Roca mía, no seas sordo a mi voz.

38 (Jr) Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.

40,14-18 = 70,2-6 (Jr) Señor, dígnate librarme. Señor, date prisa en socorrerme.

41 Dichoso el que cuida del pobre y desvalido.

54 Oh Dios, sálvame por tu nombre, sal por mí con tu poder.

55 Dios mío, escucha mi oración, no te cierres a mi súplica.

56 Misericordia, Dios mío, que me hostigan, me atacan y acosan todo el día.

57 Misericordia, Dios mío, misericordia, que mi alma se refugia en ti.

59 Líbrame de mi enemigo, Dios mío, protégeme de mis agresores.

64 Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento, protege mi vida del terrible enemigo.

69 (Jr) Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello.

71 (Jr) A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre.

86 Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado.

88 (Jr) Señor, Dios mío, de día te pido auxilio, de noche grito en tu presencia.

102 (Jr) Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue a ti.

140 Líbrame, Señor, del malvado, guárdame del hombre violento.

143 Señor, escucha mi oración; tú que eres fiel, atiende a mi súplica.

• *Variante:*

Motivos de súplica en salmos de otros grupos.

25 (alfabético) A ti, Señor, levanto mi alma.

39 Yo me dije: vigilaré mi proceder.

120 En mi aflicción llamé al Señor.

141 A voz en grito clamo al Señor.

Is 38,10-15 Yo pensé: «Mediada la vida, tengo que marchar hacia las puertas del Abismo».

2.4.2. *Súplicas de un acusado inocente*

Se parecen al grupo anterior, pero la situación de vida y cultural es distinta: acusado de culpas que no ha cometido, el fiel pide a Dios que proclame su inocencia mediante una respuesta ritual, pronunciada probablemente a la hora del sacrificio matutino.

Sus características son las siguientes:

a) Invocación, con fórmulas tales como «por la mañana te expongo mi pleito» (5,4); «Pido justicia, escucha mi clamor, escucha atentamente mi defensa» (17,1) o, más conciso, «Hazme justicia» (26,1).

b) Declaración de inocencia, generalmente breve, pero que en el salmo 26,1.3-11 se convierte en una larga lista por el estilo de la respuesta que se daba a los peregrinos que pedían las condiciones para habitar en la casa del Señor. Todo el salmo 131 está escrito según el estilo de una declaración de inocencia.

c) Petición de justicia, que puede adquirir el tono de imprecación contra los acusadores.

5 Señor, escucha mis palabras.

7 Señor, Dios mío, a ti me acijo, líbrame de mis perseguidores y sálvame.

17 Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores.

26 Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia.

• *Variante:*

Motivos parecidos en salmos de otros grupos.

35 (Jr) (tono de súplica personal) Pelea, Señor, contra los que me atacan, guerrea contra los que me hacen guerra.

131 (gradual) Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros.

139 (pide a Dios que le guíe) Señor, tú me sondeas y me conoces.

2.4.3. *Súplicas del pueblo*

Cuando todo el pueblo sufría una calamidad (derrota militar, invasión enemiga, sequía, plaga de langostas, etc.) se proclamaban ayunos y oraciones públicas para alcanzar de Dios la salvación. Son celebraciones muy antiguas.

Estos salmos tienen una estructura muy constante:

a) Invocación. Suele reducirse a un vocativo: «¡Oh Dios!», «¡Dios mío!», etc.

b) Lamentación por los males padecidos, con una queja por el comportamiento esquivo de Dios y una acusación contra la actitud adoptada por ciertos enemigos (Moab, Edom, Amón, Amalec).

c) Petición de salvación, generalmente en forma imperativa. A veces anticipa ya aquí la acción de gracias.

d) Expresión de la seguridad de que Dios escucha la súplica, o bien anuncio de la acción de gracias.

44 Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron.

60 = 108,7-14 Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas, estabas airado, pero restáranos.

74 ¿Por qué, oh Dios, nos tienes siempre abandonados?

79 Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad.

80 Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño.

83 Señor, no te estés callado, en silencio e inmóvil, Dios mío.

85 Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob.

89,39-52 Pero tú, encolerizado con tu Ungido, lo has rechazado y desecharido.

90 Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

• *Variante:*

Formas menos típicas.

12 Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos.

77 Alzo mi voz a Dios gritando, alzo mi voz a Dios para que me oiga.

94 Dios de la venganza, Señor, Dios de la venganza, resplandece.

- 123 A ti levanto mis ojos, a ti, que habitas en el cielo.
- Is 63,7-64,11 Las misericordias del Señor quiero recordar.
- Jr 14,1-9.17-22 Judá está de luto, y sus ciudades lán-
guidas.
- Lm 5,1-22 Acuérdate, Señor, de lo que nos ha so-
brevenido.
- Sir 36,1-17 Sálvanos, Dios del universo, infunde tu
terror a todas las naciones.

2.4.4. *Confesión de las culpas del pueblo*

Después de la deportación de Babilonia, la experiencia de las desgracias sufridas a consecuencia de la infidelidad del pueblo origina otra forma de súplica colectiva: el reconocimiento de las culpas presentes, que son como una continuación de las que cometieron los padres en tiempos pasados, y a continuación apelación a la bondad de Dios, que, aunque ellos no se lo merezcan, les concederá el perdón y los librará de todos los males que les aquejan.

En el Salterio sólo encontramos un salmo de este tipo, el 106, pero podemos ver plegarias de este género para tiempos críticos (aunque sin la forma poética de los salmos) en momentos tales como los de Esdras y Nehemías (hacia 400 a.C.), las guerras macabeas (hacia 175 a.C.) y la destrucción del templo (el 70 d.C.).

La estructura de este género empieza con una alabanza a las obras de Dios. Continúa la confesión de las culpas presentes y pasadas. Suele haber también un recuerdo de las maravillas obradas por Dios en favor de Israel, en contraste con las infidelidades del pueblo. Finalmente viene la petición, en forma imperativa, y concluye con una promesa de acción de gracias.

- 106 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia... Hemos pecado con nuestros padres.

- Esd 9,6-15 Dios mío, harta vergüenza y confusión tengo para levantar mi rostro hacia ti.
- Ne 9,5-37 ¡Bendito seas, Señor, Dios nuestro, de eternidad en eternidad! ...Altivos se volvieron nuestros padres.
- Dn 3,26-45 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres... Hemos pecado y cometido toda clase de delitos.
- Dn 9,4-19 ¡Ah, Señor, Dios grande y temible...! No-
sotros hemos pecado.
- Ba 1,15-3,8 Mira, Señor, desde tu santa Casa.

2.4.5. *Oración de arrepentimiento*

En Babilonia, durante la celebración del Año Nuevo, en primavera, el rey hacía penitencia pública confesando sus pecados y los del pueblo y pidiendo perdón. Así lo hace el rey de Nínive según el libro de Jonás (Jn 3,6), en un relato que aunque no sea histórico es muy ilustrativo. Tal vez había en Jerusalén una celebración parecida. Si el salmo 51 lo dijo un rey de Judá (como opina Lipinski, para quien se trata de un salmo de penitencia real muy antiguo), los vv. 20-21 son forzosamente un añadido posterior a la destrucción de la ciudad y del templo, ya que contienen una súplica por su reconstrucción. El 130, que como todos los graduales es postexílico, debió decirlo, en nombre de todo Israel, un sacerdote o algún otro representante del pueblo.

- 51 Misericordia, Dios mío, por tu bondad. Por tu in-
mensa compasión borra mi culpa.
- 130 Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha
mi voz.

2.4.6. *Cantos de acción de gracias*

El orante que había implorado la salvación y ha sido escuchado por Dios, va al templo a cumplir sus votos y ofrecer víctimas en acción de gracias. Ante todo el pueblo proclama el favor recibido e invita a todos los presentes a participar del banquete

sagrado de la víctima que ha ofrecido. A veces se puede dudar de si se trata de una súplica que anticipa la acción de gracias, o es una acción de gracias que recuerda la súplica pasada.

7 EL ARPA DE DAVID

Si se quiere descubrir el secreto del alma de David, hay que atender cuidadosamente a cómo funciona el arpa. Cuanto más vigorosamente se pulsan sus cuerdas, más fuerte da su sonido, mejor suena. Del mismo modo, cuanto más Dios pulsaba el corazón de David por el sufrimiento y la aflicción, más fuertes y bellos eran sus cantos. «Despierta, alma mía; despertad, cítara y arpa, despertaré a la aurora» (Salmo 57,9). El alma se despierta y se estimula absolutamente del mismo modo que la cítara y el arpa.

Ya'arot Devach, citado por Avrohom Chaim Feuer, *Tehillim* (trad. francesa, Colbo, París 1990), t. I, p. XXXV.

Encontramos con gran frecuencia, fuera del libro de los Salmos, una fórmula muy simple de acción de gracias: «Bendito sea el Señor (que ha hecho tal cosa)».

Por lo que hace a la estructura, la de estos salmos es la siguiente:

a) Comienzan con una invitación, parecida a la de los cantos de alabanza, pero con un vocabulario algo distinto: «te enaltezco», «te daré gracias», «bendeciré al Señor», etc.

b) Después se exhorta a sí mismo, o exhorta a los presentes, a proclamar los favores recibidos, con verbos como «anunciar», «proclamar», «contar», «hacer saber» las obras, gestas, prodigios o favores del Señor. Esta exhortación es típica de estos salmos. Es un dar gracias que, más allá del agradecimiento por el beneficio recibido, quiere expresar la admiración y el gozo porque Dios ha mostrado cuán bueno es y poderoso; como cuando en el Gloria de la misa decimos: «te damos gracias por tu inmensa gloria».

c) Finalmente viene la narración de los favores recibidos, mencionando hechos más concretos que los aludidos en los cantos de alabanza.

30 Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

32 Dichoso el que está absuelto de su culpa.

40,2-11 Yo esperaba con ansia al Señor: él se inclinó y escuchó mi grito.

118 Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia... En el peligro grité al Señor.

Jon 2,3-10 Desde mi angustia clamé al Señor y él me respondió.

Sir 51,1-12 Quiero darte gracias, Señor, Rey, y alabarte, oh Dios mi salvador.

- *Variante 1:*

Motivos de acción de gracias en súplicas personales o en otros contextos.

18,3-20 Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

22,23-31 Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.

31,8-9.22-25 Te has fijado en mi aflicción... Bendito el Señor que ha hecho por mí prodigios de misericordia.

57,8-12 = 108,2-6 Mi corazón está firme, Dios mío.

66,13-20 Entraré en tu casa con víctimas para cumplirte mis votos.

69,31-35 Alabaré el nombre de Dios con cantos.

71,14-24 Yo, en cambio, seguiré esperando, redoblaré tus alabanzas.

103 Bendice, alma mía al Señor, y todo mi ser a tu santo nombre.

107 Dad gracias al Señor porque es bueno... Que lo confiesen los redimidos por el Señor.

138 Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

144,1-2.5-11 Bendito el Señor, mi roca.

145 Te ensalzaré, Dios mío, mi rey, bendeciré tu nombre por siempre jamás.

Is 38,16-20 Me has curado, me has hecho revivir.

2.5. *Fidelidad a la alianza, meditación y exhortación*

En los salmos de esta sección no hay propiamente oración, o bien sólo aparece tangencialmente. Se proponen enseñar, meditar, exhortar o reprender. Presentan algunas características de los libros sapienciales y proféticos, y por eso algunos autores también los califican de salmos sapienciales o proféticos.

Los tres primeros subgrupos de esta sección (2.5.1., 2.5.2 y 2.5.3) tienen su situación de origen en la celebración o la renovación de la alianza que, al parecer, tenía lugar cada año. El segundo y el tercero subgrupo tienen más contactos con la literatura sapiencial. Los cuatro subgrupos, pero especialmente el tercero y el cuarto, tienen relación con la predicación profética.

La celebración de la alianza, según el modelo de los tratados o pactos de un gran rey con los reyezuelos vasallos, constaba de los siguientes elementos:

- a) Preliminares: convocatoria del pueblo y de los testigos, invitación a escuchar al Señor.
- b) Antecedentes históricos: relaciones hasta entonces mantenidas entre los dos países, o entre uno de los dos reyes y el difunto padre del otro.
- c) Cláusulas. En la alianza de Israel, la cláusula fundamental es: «Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo... guárdame fidelidad y respeta al prójimo».
- d) Exhortación a guardar la alianza.
- e) Enumeración de los testigos: el cielo y la tierra, inscripción del tratado en una piedra o en un documento, indicando el santuario u otro lugar donde se custodiará.
- f) Bendiciones y maldiciones, a modo de conjuro para según cumplan la alianza o la infrinjan.

Después de los preliminares, un mensajero habla («Eso dice el Señor...»), recuerda los antecedentes históricos y las cláusulas y proclama las bendiciones y maldiciones.

2.5.1. *Cantos que recuerdan las vicisitudes de la historia de la alianza*

Hacen referencia, directa o indirecta, a la alianza, aunque ninguno de estos salmos guarda relación con la fiesta de la renovación.

78 Escucha, pueblo mío, mi enseñanza.

105 Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos.

2.5.2. *Salmos alfabéticos sobre la suerte del justo y del injusto*

Son poesías acrósticas, en las que cada versículo, o cada estrofa, empieza sucesivamente con cada una de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Pueden tener un tema único o ser simplemente yuxtaposición de sentencias independientes unas de otras, pero siempre encontramos la contraposición de la suerte del justo y la del injusto. Se hacen eco de la doctrina de los dos caminos (Dt 30,15-20).

9-10 Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas.

25 A ti, Señor, levanto mi alma.

34 Bendigo al Señor en todo momento.

37 No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal.

111-112 Doy gracias al Señor de todo corazón.

119 Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor.

2.5.3. *Reclamación por la violación de la alianza*

Es éste un género de poesía muy frecuente en los libros de los profetas, pero raro en el de los salmos.

50 El Dios de los dioses, el Señor, habla.

81 Aclamad a Dios, nuestra fuerza... Tocad la trompeta por la luna nueva.

Dt 32,1-43 Escuchad, cielos, y hablaré; oye, tierra, los dichos de mi boca... Hijos degenerados, se portaron mal con él.

• *Variante:*

En un salmo de aclamación al Señor, rey del mundo.

95,7-11 Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá».

2.5.4. *Cantos de repremisión o de amenaza profética*

Se parecen a los subgrupos anteriores, pero estos salmos se dirigen a paganos o a judíos pagani-zantes (rebeldes, amigos de hechicerías, que hacen objeto de violencia o explotación al prójimo) que no tienen relación con la alianza.

2 ¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso?

14 = 53 Dice el necio para sí: «No hay Dios».

58 ¿Es verdad, poderosos, que dais sentencias justas?

75 Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias, in-vocando tu nombre, contando tus maravillas.

82 Dios se levanta en la asamblea divina, rodeado de ángeles juzga.

94,8-11 Enteraos, los más necios del pueblo. Igno-rantes, ¿cuándo discurriréis?

• *Variante:*

Algunos salmos menos definidos.

11 Al Señor me acojo. ¿Por qué me decís: «Escapa como un pájaro al monte»?



Músicos en bajorrelieve, de Karatepe.

- 52 ¿Por qué te glorías de la maldad y te envalentonas contra el piadoso?
- 62,4-5 ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre todos juntos, para derribarlo como a una pared que cede o a una tapia ruinosa?

2.6. Piezas singulares

2.6.1. Bendición sacerdotal. Letanías

Recogemos en este último grupo un par de salmos difíciles de encajar en alguna de las familias anteriormente consideradas, y que por lo demás sólo tienen en común su carácter claramente litúr-

gico. Con razón se ha subrayado, en estudios recientes, la íntima relación que muchos salmos tienen con el culto, tanto el del Templo como el de las sinagogas.

El primero de estos dos salmos, el 67, se parece mucho a la bendición aarónica de Nm 6,23-27. El segundo también refleja un contexto de bendición litúrgica y de respuesta litánica al pueblo.

67 El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros.

115 = 135,15-21 No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria...

Comentario de salmos escogidos

Sermones morales universales sunt minus utiles («los discursos morales generales son poco útiles»), escribió santo Tomás de Aquino al empezar la parte de su Suma Teológica dedicada a las virtudes y los vicios en particular. Análogamente podríamos decir que las consideraciones o informaciones sobre los salmos en general no serían demasiado provechosas si no las completáramos con el estudio de algunos salmos en particular.

El esquema que seguiremos será en casi todos los casos el mismo.

- Un primer punto, que generalmente será el más extenso, se dedica al *sentido histórico*. Hay que ver ante todo el sentido que aquel salmo tenía para sus primeros destinatarios, de acuerdo con la situación histórica y el género literario. No tenemos que quedarnos atados al sentido histórico, pero tampoco podemos prescindir de él. «El método histórico-crítico es el método indispensable para el estudio científico del sentido de los textos antiguos. Ya que la Sagrada Escritura, en tanto que Palabra de Dios en lenguaje de hombre, fue compuesta por autores humanos en todas sus partes y todas sus fuentes, su justa comprensión no sólo admite como legítimo este método, sino que requiere su utilización» (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, I, A).

- El segundo punto trata del *contenido doctrinal*, porque aunque los salmos no son esencialmente obras de teología, sino de oración, nos ha-

blan de Dios, del hombre, y de la relación entre ambos, y a veces el género poético permite planteamientos que en vano se buscarían en los demás libros de la Biblia. Es mucho lo que podemos aprender de los salmos, tanto en el orden dogmático como en el de la moral, para enriquecer nuestra fe y guiar nuestros comportamientos.

- Viene después un tercer apartado en el que se trata de deducir de los anteriores algunas *aplicaciones prácticas y perspectivas*, más que nada para que el estudio de aquel salmo no se quede en piedad evasiva, sino que aterrice en la vida real del creyente. Las posibilidades, en esta dirección, son infinitas, y sobre todo es a nivel personal como han de formularse; sin embargo, las sugerencias que aquí apuntamos pueden hacer ver la fecundidad de la piedad de los salmos si nos los tomamos en serio.

- En cuarto lugar sugerimos algunos *puntos de revisión*. La revisión de vida suele hacerse a la luz del evangelio, pero también los salmos nos pueden servir. Recordemos la sentencia de san Atanasio: «Para el que salmodia, los salmos son como un espejo en el que puede contemplarse a sí mismo y ver los impulsos de su alma» (véase el texto más extenso en la p. 45).

- Termina el estudio de cada salmo con una *oración* o colecta, que trata de resumir la interpretación que del salmo se ha propuesto en los epígra-

fes anteriores. Hablaremos de las colectas, como poderosa ayuda para la comprensión de los salmos, en la cuarta parte, tratando de la Liturgia de las Horas.

En algunos salmos seguimos un esquema algo distinto. A veces, aunque se empiece siempre con la explicación del sentido histórico, el comentario se orienta hacia una aplicación determinada: por ejemplo, el salmo 122 en el sentido que se le da en las fiestas de la Virgen.

En la oración última, y al fin y al cabo en todo el comentario de cualquier salmo, lo que en estas páginas se dice no ha de tomarse como si se tratara de un problema aritmético, que sólo admite una solu-

ción válida. Un salmo puede dar pie a muchas y muy variadas interpretaciones. Sobre el sentido histórico el margen de posibilidades se estrecha mucho, y en el contenido doctrinal bastante, pero los otros puntos, sobre todo el de la oración, pueden proyectarse en infinitas direcciones. Las que aquí se sugieren no han de tomarse como dogma, sino como estímulo para que el aprendiz de salmista se lance él también a hacer sus pinitos personales. Por eso, a veces, se sugieren aplicaciones o interpretaciones con una buena dosis de subjetivismo: que el lector aporte también su subjetividad, hasta personalizar plenamente los salmos; siempre, repitámoslo, procurando partir del sentido histórico y objetivo.

Salmo 2

El Mesías, Hijo de Dios

- 1 ¿Por qué se amotinan las naciones,
y los pueblos planean un fracaso?
- 2 Se alían los reyes de la tierra,
los príncipes conspiran
contra el Señor y contra su Mesías:
- 3 «Rompamos sus coyundas,
sacudamos su yugo».
- 4 El que habita en el cielo sonríe,
el Señor se burla de ellos.
- 5 Luego les habla con ira,
los espanta con su cólera:
- 6 «Yo mismo he establecido a mi Rey
en Sión, mi monte santo».
- 7 Voy a proclamar el decreto del Señor;
él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo:
yo te he engendrado hoy.
- 8 Pídemelo: te daré en herencia las naciones,
en posesión los confines de la tierra.
- 9 Los gobernarás con cetro de hierro,
los quebrarás como jarro de loza».

- 10 Y ahora, reyes, sed sensatos;
escarmentad los que regís la tierra:
- 11 servid al Señor con temor,
rendidle homenaje temblando;
- 12 no sea que se irrite, y vayáis a la ruina,
porque se inflama de pronto su ira.
¡Dichosos los que se refugian en él!

1. *Sentido histórico*

Salmo mesiánico, es decir, referente al Mesías, el rey de Jerusalén ungido del Señor. El salmo se sitúa en el curso del rito de entronización. La referencia a los reyes vasallos hace pensar en los primeros tiempos de la monarquía, cuando aún subsistía aquel pequeño imperio que David había forjado sometiendo a los reyes vecinos. Más tarde (s. VII) los asirios arrebataron a Judá aquellos pequeños reinos, o, como Edom, se independizaron.

El interregno entre la muerte de un rey y la toma de posesión de su sucesor podía originar un cierto vacío de poder, que los reyezuelos que soportaban de mala gana la dominación judía podían tratar de aprovechar: se amotinan y se alían contra el Ungido del Señor, diciéndose: «Sacudamos sus coyundas, rompamos su yugo» (v. 2). Pero el Señor sale en defensa de su Ungido (v. 3) y «les habla con ira» (v. 5) para decirles que es él mismo quien ha establecido al nuevo rey en Sión (v. 6).

En el comentario al salmo 110 veremos más en detalle cómo se desarrollaba el rito. Digamos brevemente, a efectos de la interpretación de este salmo, que en la sala del trono del palacio, el rey, que acaba de ser ungido en el Templo, pronuncia el «discurso de la corona», en el que traza su programa de gobierno. A continuación un profeta de la corte proclamaba y comentaba el «protocolo real» que acaba de entregar al rey, con unos nombres sagrados que querían ser feliz augurio para su reinado. Era como una actualización del oráculo de Na-

tán a David (2 Sm 7), prometiéndole de parte de Dios la filiación divina, entendida como adopción, o más probablemente como un reconocimiento de paternidad (v. 7). El *hoy* del salmo es el día de la entronización. El rey tiene un especial poder de intercesión ante el Señor que lo ha ungido: «Pídeme...». El protocolo que se le ha entregado contiene un oráculo que le promete la victoria contra los enemigos, con expresiones hiperbólicas propias del lenguaje de corte (v. 8). El vaso de loza hecho pedazos (v. 9) puede ser alusión a la práctica egipcia según la cual el Faraón, antes de salir en campaña, estrellaba contra el suelo, ante la estatua de su dios, a modo de conjuro, vasos de cerámica en los que habían inscrito los nombres de los reyes o los pueblos contra los que iba a combatir. La última estrofa (vv. 10-12) tiene sabor sapiencial. Es una exhortación (¿del rey?, ¿del salmista?, ¿de un profeta?) a los reyezuelos que planeaban sublevarse: ¡que presten acatamiento al nuevo rey antes de que sea tarde y acaben en el desastre! La bienaventuranza final, tomada del salmo 34,9, hace inclusión con la de salmo 1,1. Tal vez cuando se compuso definitivamente el Salterio ambos salmos formaban uno solo, ya que Hech 13,33 cita el salmo 2 como «salmo primero».

2. *Contenido doctrinal*

El oráculo del v. 7, «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy», lo mismo que el salmo 110,3: «Eres príncipe desde el día de tu nacimiento (...), yo mismo te engendré» (texto dudoso), suelen interpre-

tarse como un rito de adopción. Se cita el ritual de coronación de los Faraones, según el cual en el acto de la coronación el nuevo soberano era adoptado como hijo por la divinidad. Pero, al menos en el caso del rey de Jerusalén, probablemente no se trata de un acto de adopción sino de reconocimiento de paternidad. La adopción es una ficción jurídica, en virtud de la cual alguien que en realidad no es hijo pasará a ser considerado como tal, con los consiguientes derechos y obligaciones. En cambio la declaración de paternidad no es una ficción, sino el reconocimiento de una realidad.

La maternidad es un acontecimiento físico tan perceptible que difícilmente habrá dudas sobre quién es la madre de la criatura; no son frecuentes casos como el de las dos prostitutas que pleiteaban ante Salomón por un hijo. En cambio, la paternidad es algo tan íntimo y misterioso que hace necesario un acto solemne del padre que la reconozca. En todas las culturas y en todos los tiempos existe un rito de este tipo. Actualmente, esto se realiza acudiendo al Registro civil para inscribir al recién nacido y darle el apellido. En las culturas antiguas, los actos jurídicos constitutivos de estados, situaciones y relaciones con efectos legales solían ser más gestuales que documentales. Entre tratantes de ganado, el apretón de manos sella la venta como si fuera una escritura notarial, y en la venta de casas o pisos se habla aún de la entrega de las llaves como acto constitutivo de la transmisión de la propiedad o la posesión. En cuanto a la declaración de paternidad, muchos pueblos antiguos, de varios continentes, tienen un rito típico: después de que la madre haya dado a luz, el padre se acuesta y simula el parto, para lo cual le entregan el recién nacido y él se lo coloca entre las piernas, lo saca y hace que lo devuelvan a su madre. Este rito se ha mantenido en algunas comarcas españolas hasta tiempos relativamente recientes, aunque se hiciera de modo más bien jocoso, como dar el marido grandes voces, o servirle en la cama un caldo muy cargado.

Esto no quita que, en los casos de adopción, se practicaba un ritual que imitaba el de la declaración de paternidad. En Gn 30,3 hay una adopción femenina con simulación de parto. Raquel, viendo que no tiene hijos, se vale de una práctica atestiguada por el código de Hammurabi, que consistía en dar una criada suya al marido, y el hijo que tengan se contará como de la señora; así, Raquel dice a Jacob: «Ahí tienes a mi criada Bilhá; únete a ella y que dé a luz sobre mis rodillas». Cuando el anciano Jacob quiere adoptar como hijos a Efraín y Manasés, los dos nietos hijos de José, éste «los sacó de entre las rodillas de su padre» (Gn 48,12), es decir, hará el gesto de simulación de parto y el niño se considerará hijo suyo. Del mismo modo, «los hijos de Makir, hijo de Manasés, nacieron sobre las rodillas de José» (Gn 50,23). En estos tres casos se trata de adopciones. En cambio, hay que interpretar seguramente como alusiones al reconocimiento de paternidad el v. 7 de este salmo, y otros dos casos del mismo Salterio: el del salmo 22,10-11 («Tú eres quien me sacó del vientre...»), que ya comentaremos, y también el salmo 71,6, cuya versión española oficial dice: «En el vientre materno ya me apoyaba en ti; en el seno, tú me sosténías», pero que más literalmente podríamos traducir: «En ti me apoyé al salir del útero, desde el vientre de mi madre tú me sostuviste». A estos tres pasajes sálmicos habría que añadir el salmo 110,3, texto muy dudoso, que traducimos por «Yo mismo te engendré antes de la aurora», y que ya comentaremos en su lugar. Era un gran atrevimiento, para estos salmistas, decirle a Yahvé que había practicado con ellos el rito del reconocimiento de paternidad, sin pretensión de realismo, claro está, pero como expresión de confianza filial. Pero en la transposición cristiana, como tantos otros pasajes de los salmos, la metáfora se cumplirá con toda verdad.

Este salmo es expresión de la esperanza mesiánica de Israel, y a la vez la alimenta. De ser plegaria por un rey histórico pasó a ser oráculo que anun-

ciaba y hacía implorar la venida del Mesías que dominaría todas las naciones. El lenguaje hiperbólico de la corte resultará más cierto de lo que los primeros destinatarios del salmo se figuraban.

La oración de este salmo por fuerza había de tomar nuevos sentidos en el curso de los siglos. En la época real era una oración por el nuevo rey, un rey histórico; era una renovación de la alianza y de la fe en las promesas hechas a David y a su descendencia, a la vez que acto de fidelidad y sumisión al nuevo rey, que equivalía a fidelidad y sumisión a Dios. A partir del exilio, ante el fracaso de la monarquía histórica, se continúa creyendo en «las promesas fieles hechas a David» (Is 55,3), si bien se cumplirán de modo muy distinto: es Dios mismo quien reinará, pero lo hará no sólo sobre Israel sino sobre toda la tierra, y el beneficiario ya no será únicamente el rey, sino todo el pueblo; es lo que Von Rad ha llamado «democratización» de las promesas a David. Finalmente, el nombre de Mesías acaba designando no un rey histórico, sino el monarca definitivo que ha de venir al fin de los tiempos para instaurar aquel reino de Yahveh. Jesús, con el gran pregón de las bienaventuranzas, proclama que con su persona, sus obras y su mensaje ha llegado ya el Reino. La predicación apostólica anuncia a Jesús como el Mesías que Israel esperaba y aplica el salmo 2 al bautismo en el Jordán (Mc 1,11 y sobre todo Lc 3,22). Los apóstoles perseguidos lo aplican a la pasión y a la resurrección de Cristo (Hech 4,25-28). El discurso de san Pablo en Antioquía de Pisidia lo entiende de Cristo glorificado (Hech 13,33; cf. Heb 1,5; 5,5), mientras Hech 2,26-27; 12,5; 19,15 lo refiere al triunfo escatológico de Jesús.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

La liturgia emplea este salmo en la celebración de la Navidad. El «hoy te he engendrado» designa en primer término el nacimiento histórico de Jesús en Belén, pero este acontecimiento sugiere la generación eterna del Verbo y, en último término, también nues-

tra «re-generación», por la filiación adoptiva, gracias a la fe y el bautismo. También se reza en la fiesta de Cristo Rey, con la que Pío XI quiso significar la edificación de un orden temporal de inspiración cristiana, contra el que en vano se resisten ciertas ideologías o poderes de este mundo. Esta visión será perfeccionada por la constitución *Gaudium et spes*, del Vaticano II, sobre la presencia de la Iglesia en el mundo.

4. *Puntos de revisión*

- *Personalmente*: ¿estoy sometido de todo corazón al Mesías, o intento de algún modo emanciparme de él?
- *Eclesialmente*: ¿qué hago, qué podría hacer para ayudar a establecer el reinado de Cristo en la tierra? ¿En qué pienso cuando rezo las tres primeras peticiones del padrenuestro?
- *Humanamente*: ¿a través de qué valores y qué combates el reinado de Cristo se va abriendo paso entre todos los hombres, aun los no cristianos? (el Reino de Dios no se identifica con ciertos objetivos temporales, pero algunos de éstos tienen una relación con aquél).

5. *Oración*

Oh Dios, que en Jesucristo glorificado, a quien diste todo poder, has establecido tu Reino, y que en Él nos has llamado a ser «hijos en el Hijo»: haznos comprender, acoger y agradecer el don de la filiación divina que de tí hemos recibido por el bautismo, y concédenos que, sometiéndonos de todo corazón a Él, en medio de las vicisitudes del «hoy» de cada día, la conciencia de nuestra incorporación a Cristo y a su Cuerpo Místico nos haga desear ardientemente, pedir incesantemente y preparar diligentemente la plena manifestación en la tierra de su Reinado de amor y de paz entre todos los pueblos, a fin de que con todos los hombres gocemos en el cielo de la felicidad de los que en Él se refugian.

Salmo 8

Dignidad del hombre, majestad de Cristo

- 2 ¡Señor, dueño nuestro,
qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!
Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.
- 3 De la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.
- 4 Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
- 5 ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?
- 6 Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad;
- 7 le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:
- 8 rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
- 9 las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar,
- 10 ¡Señor, dueño nuestro,
qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

1. *Sentido histórico*

Canto de alabanza individual, pero con una exclamación al principio y al final (inclusión) en plural. No hay la invitación típica de este género, pero sí la motivación: alaba a Dios por la maravilla de la creación del universo y por la dignidad de la suprema criatura de Dios, el hombre. Contemplando la creación, el hombre toma conciencia de la grandeza de Dios y, en contraste, de la pequeñez humana, pero también percibe la elección amorosa de que, pese a su insignificancia, ha sido objeto.

La exclamación inclusiva (al principio y al final) «Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!» (vv. 2 y 10), en plural, es propia del postexilio. Quizás fue añadida para adaptar a la liturgia comunitaria una oración individual más antigua. Es una exclamación de admiración, síntesis de todo el salmo. Es aclamación real: «dueño nuestro» se dice del rey. Aquí no es sólo rey de Israel, sino de todos los pueblos, de toda la creación. El «Nombre» sólo se ha revelado a Israel, que contempla la gloria de Dios en todas sus criaturas. Otros pueblos adoran al sol, la luna, las estrellas, la fertilidad; Israel alaba al

creador de todo esto. Dios no es la naturaleza (pan-teísmo, inmanentismo) sino su creador.

La *primera parte* (vv. 2b-5) contempla el cielo, hecho por Dios con sus dedos, con los astros que lo pueblan. Hasta «los niños de pecho» (los simples y limpios de corazón) descubren lo que algunos sabios no quieren ver: la majestad divina; cf. Sal 19,2-5: «El cielo proclama la gloria de Dios...». La inmensidad del cielo estrellado, con su silencio atronador, grita una alabanza contra los enemigos rebeldes que se resisten a adorar a Dios; cf. Rm 1,20ss. El salmista contempla al hombre para llegar a Dios, y contempla a Dios para llegar al hombre: «¿qué es el hombre...?» (v. 5). El Creador se ha fijado en esa criatura pequeña y débil, «se acuerda» de él y «le da poder» (literalmente: «lo visita») (v. 5).

La *segunda parte* (vv. 6-9) contempla la tierra y el mar con sus habitantes: animales domésticos y salvajes, aves que vuelan por el cielo, peces que «trazan sendas por el mar» (vv. 8-9). Esta contemplación es para admirar la condición del hombre por encima de todos los vivientes. Creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26), el hombre se ve superior a todos los animales pero se sabe inferior a Dios. Es casi un ser divino, como los *elohim*, personajes de la corte celestial (y también nombre de Dios) que las versiones griega y latina traducen por «ángeles» (v. 6). El hombre es poco menos que un dios.

2. Contenido doctrinal

El salmista tenía muy presente el doble relato de la creación. El primer relato, de la tradición sacerdotal, del tiempo del exilio (Gn 1,1-2,4a), aunque se oriente a la institución del reposo sabático, presenta al hombre como culminación de la creación, hecho a imagen y semejanza del Creador (por la inteligencia capaz de conocer a Dios y la voluntad capaz de amarlo), y Dios le da todas las plantas para alimento (sólo después del diluvio le dará también los animales; Gn 9,3).

Más próximo aún al Sal 8 es el segundo relato (Gn 2,4b-20), de la tradición yahvista, muy anterior al primero y más centrado en la creación del hombre. Aparentemente ingenuo y lleno de antropomorfismos, pero muy profundo y expresivo. Dios moldea del barro con sus propias manos al hombre y le infunde su aliento, o sea su propia vida. Le planta un jardín para que lo cultive y hace desfilar delante de él a todos los animales para que les imponga nombre, en señal de dominio. Pero ha de obedecer a Dios: puede comer de todas las frutas, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal.

3. Sentido cristiano

Aplicado a Cristo: en la entrada solemne de Jesús en Jerusalén, sacerdotes y escribas se indignan porque unos niños lo aclaman con el grito mesiánico de «¡Hosana al Hijo de David!», pero Jesús responde citando el v. 3 de este salmo: «De la boca de los niños de pecho...» (Mt 21,16). La liturgia lo aplica también a los Santos Inocentes.

Heb 2,7 aplica el v. 6 a la pasión y ulterior glorificación de Cristo: «Lo habías puesto por un momento por debajo de los ángeles» (Pasión), «lo has coronado de gloria y majestad, todo lo has puesto bajo sus pies» (Resurrección).

Durante su ayuno en el desierto, Jesús asume la condición humana: superior a los animales, inferior a los ángeles: «Estaba entre las fieras y los ángeles le servían» (Mc 1,13).

Aplicado al hombre: Jesucristo nos llevaba a todos nosotros en sus misterios: «Dios, que es rico en misericordia, nos ha amado con un amor tan grande que nos ha dado la vida junto con Cristo [...]. Por medio de Jesucristo, Dios nos ha resucitado en él y con él nos ha entronizado en el cielo» (Ef 2,4-6).

Cuando el hombre se rebela contra Dios, la naturaleza se rebela contra el hombre: la naturaleza exterior, que le dará espinas y sudores, y la interior, porque no se dominará y hará el mal que no qui-

siera (Rm 7,19). Por el pecado, toda la naturaleza ha quedado descabezada y gime con dolores de parto (Rm 8,22), hasta que será redimida por el misterio pascual. Por la obediencia a Dios, el hombre se reintegra a la armonía inicial de la creación.

Según los Padres orientales y una escuela teológica occidental (franciscanos, Teilhard de Chardin: «Punto Omega»), la creación tendía a la encarnación, que se habría producido aunque no hubiera habido pecado; pero no habría sido necesaria la Pasión. Sólo por haber asumido la materia, todo el cosmos queda santificado y redimido; sobre todo la humanidad.

4. *Aplicaciones actuales*

Cuando el hombre contempla el cielo estrellado se siente muy pequeño ante el espacio infinito. Y si observa su cuerpo, con su complejidad de órganos y células, se ve como un «microcosmos», un universo en pequeño. Cada célula, y aun cada átomo, es como una galaxia de elementos pequeñísimos.

En abril de 1961 el soviético Yuri Gagarin, primer astronauta, dijo que había subido al cielo y no había encontrado allí a Dios. En cambio en mayo de 1969 los americanos T. Stafford y G. Cernan proclamaban a la tierra este salmo mientras sobrevolaban la luna. En junio del mismo año Pablo VI entregó este salmo a los primeros hombres que pisarían la luna, N. Armstrong y E. Aldrin, para que lo depositaran allí; les dijo: «El hombre es el centro de esta operación, y en ella se revela a la vez gigante y divino, no en sí mismo sino en su origen y en su destino. Honor pues al hombre, honor a su dignidad, a su espíritu, a su vida».

«Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en esto: todos los bienes de la tierra se han de ordenar en función del hombre, centro y cumbre de todos ellos. Pero, ¿qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da de sí mismo. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación.

La duda y la angustia son la consecuencia. La Iglesia siente profundamente estas dificultades y, alegacionada por la Revelación divina, les puede dar la respuesta que señale la verdadera situación del hombre, explique sus debilidades y permita a la vez conocer acertadamente la dignidad y la vocación propias del hombre [...]. En la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, que por medio del hombre alcanza su cumbre más elevada y eleva su voz para la libre alabanza del Creador [...]. No se equivoca, pues, el hombre cuando afirma su superioridad sobre el universo material y se considera no ya como una partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por su interioridad es, en efecto, superior a todo el universo, a esta profunda interioridad vuelve cuando entra dentro de su corazón, donde le espera Dios, que escruta los corazones y donde el hombre personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino. Por tanto, al afirmar en sí mismo la espiritualidad y la inmortalidad del alma, no es víctima el hombre de un espejismo ilusorio provocado sólo por sus condiciones físicas y sociales exteriores, sino que, al contrario, toca la verdad más profunda de la realidad [...]. Tiene razón el hombre, partícipe de la luz de la inteligencia divina, cuando afirma que en virtud de su inteligencia es superior al universo material» (*Gaudium et spes* 12.14.15).

«Gloria Dei, vivens homo» («la gloria de Dios es el hombre viviente») (Ireneo de Lyon).

De algún modo el hombre, con su trabajo, continúa la obra de la creación y se perfecciona a sí mismo. Marx tiene alguna razón al decir que por el trabajo social (o sea, colectivo, o al menos en condiciones justas) la naturaleza se humaniza y el hombre se naturaliza.

La moderna toma de conciencia de la dignidad de la persona humana y de los derechos humanos inalienables tiene su raíz, aunque sea inconsciente, en la revelación judeocristiana.

El ecologismo de nuestros días puede también invocar este salmo: la naturaleza ha sido sometida al hombre para que se sirva de ella y por ella dé gloria a Dios, no para que la destruya o degrade.

5. *Oración*

Quisiera ser como un niño para contemplar la naturaleza y las personas con simplicidad de corazón, de modo que me resultaran transparentes y a

través suyo te viera siempre a ti, su Creador. Que defienda mi dignidad y la de los demás. Que vea siempre en el hombre, en todo ser humano, hombre o mujer, adulto, anciano o niño, de cualquier raza, lengua o creencia, tu imagen y semejanza, un hermano que Jesús hizo suyo cuando se encarnó en Nazaret en el seno de María, por quien derramó su sangre en el Calvario, llamado a subir al cielo, junto al Padre, donde Jesús nos ha precedido para prepararnos lugar.

Salmo 15

La condición para habitar en la tienda del Señor

- 1 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?
- 2 El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales
- 3 y no calumnia con su lengua, el que no hace mal a su prójimo ni difama al vecino,
- 4 el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor, el que no retracta lo que juró aún en daño propio,
- 5 el que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente.
- 6 El que así obra nunca fallará.

1. *Sentido histórico*

Este salmo seguramente se cantaba durante las peregrinaciones a Jerusalén. Se presenta en forma de diálogo entre el grupo de peregrinos y un sacerdote del Templo que sale a su encuentro. Los peregrinos preguntan sobre las condiciones exigidas para poder habitar en la tienda de Yahveh, que es el Templo pero designado de forma que evoca la tien-

da en que el Señor se hacía presente en medio de su pueblo acampado en el desierto, en los cuarenta años de su peregrinar hacia la tierra prometida. Los peregrinos están fuera y piden qué han de hacer para poder entrar. O quizás no se trata simplemente de entrar y, tras satisfacer su devoción, regresar a su pueblo; tal vez envidian a los sacerdotes y levitas que pasan toda su vida en la casa del Señor. Pero a la pregunta ritual o litúrgica el sacerdo-

te responde con un decálogo moral que sólo enumera deberes para con el prójimo.

El final del v. 6, «el que obra así nunca fallará», se puede entender como una conclusión del sacerdote, o bien como una aclamación de los peregrinos, que se adhieren a la respuesta que el sacerdotes acaba de darles. El comienzo y el final del salmo (vv. 1 y 6) forman inclusión dejando en medio (vv. 2-5) el decálogo de las relaciones con el prójimo. La pregunta era sobre la dimensión vertical de la religión (relación con Dios); la respuesta es sobre la dimensión horizontal (relación con los hermanos).

Otros dos pasajes bíblicos presentan el mismo esquema. En Is 33,14-16 la pregunta es: «¿Quién de nosotros podrá vivir en medio de este fuego devorador? ¿Quién de nosotros podrá permanecer entre las llamas eternas?» La respuesta recibida es: «El que obra como se debe y dice la verdad, el que re-

chaza enriquecerse con violencias, el que no se deja comprar con obsequios, que no hace caso de propuestas criminales y cierra los ojos para no ver la maldad». Y concluye: «Este hombre residirá en las alturas, vivirá seguro en fortalezas en lo alto de las rocas. Tendrá el pan de balde y no le faltará el agua». En Mi 6,6-8 la pregunta por la dirección vertical es más extensa: «Con qué ofrenda, se dicen, me presentaré ante el Señor? ¿Cómo adoraré al Dios excelso? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, le sacrificaré terneros de un año? ¿Se complace el Señor en mil cabezas de ganado o en diez mil torrentes de aceite? ¿Tendré que ofrecerle mi primogénito para expiar mi infidelidad? ¿Deberé ofrecerle por mi pecado el fruto de mis entrañas?» En cambio la respuesta es concisa pero contundente: «El Señor responde: Ya te han enseñado, oh hombre, lo que es bueno, lo que espera de ti el Señor: practica la justicia, ama la bondad, pótate humildemente con tu Dios».



Detalle.
Salterio siglo XII.

2. Contenido doctrinal

Los comentaristas suelen entretenerte en hacer exégesis particular de cada una de las exigencias de los vv. 2-5, pero probablemente, en este contexto, no son más que una explicitación del primer mandamiento de este decálogo: portarse honradamente y practicar la justicia (v. 2). No es aún la sublimidad del precepto evangélico de amarnos tal como Jesucristo nos ha amado, pero lo prepara y a la vez lo precisa. El amor no es auténtico si no empieza por respetar las exigencias más concretas y acucentantes de la justicia.

No se trata de un código completo de la moral de las relaciones humanas. Las indicaciones que se hacen son muestras o ejemplos. Las exigencias de la honradez y de la justicia podrán ser las de este decálogo, o bien preceptos aún más graves aquí no explícitados, como el «no matarás», pero lo que importa es no quedarse en un amor nebuloso, sino efectivo.

Lo más importante doctrinalmente de este salmo es que la exigencia moral se presenta encuadrada en un comienzo y un final (procedimiento retórico de la inclusión) referentes a la relación con Dios: para habitar en la casa del Señor, para no fallar o caer ante su presencia (relación vertical), hay que relacionarse correctamente con el prójimo (relación horizontal). Ésta es una característica de la relación judía: los diez mandamientos, que son el núcleo moral principal de la alianza del Sinaí, unen los deberes para con Dios a los referentes al prójimo, y la «primera tabla» (los tres primeros mandamientos) es inseparable de la segunda (los siete últimos). También Jesús, en la línea profética de la inutilidad del culto ritual que olvida la justicia, manda dejar ante el altar la ofrenda que uno iba a presentar e ir primero a reconciliarse con el hermano (Mt 5,23-24).

Así, la religión judeocristiana se distingue del paganismo (el antiguo y el neopaganismo moderno), que disocia el culto del comportamiento práctico (magia o ritos sin exigencias morales), y tam-

bién de la mera ética (unas normas de comportamiento sin motivación religiosa, o con un Dios que no es más que el gendarme que vela por el cumplimiento de la moral). Tiene unas exigencias morales, pero su moral no es un fin absoluto, sino un camino para la unión con Dios.

Un tema bíblico importante que aparece en este salmo es el de *ohel*, la tienda. Incluso después de haberse instalado en la tierra de Canaán, los israelitas conservan alma de nómada y, como cuando vivían en el desierto, dan el nombre de tienda a su casa. «*Israel, a tus tiendas!*» es el grito de desbandada del ejército vencido. Les recuerda sobre todo el tiempo en que nacieron como pueblo, cuando el Señor les sacó de Egipto y les acompañó por el desierto, habitando en medio de ellos mediante la presencia casi sacramental del arca de la alianza que se guardaba en la «tienda del encuentro», donde se comunicaba con Moisés. Había un clan, el de los recabitas o descendientes de Recab, que como signo de su fidelidad a la alianza conservaban el estilo de vida de nómadas y no comían ni bebían frutos de la tierra (Jr 35; cf. 2 R 10,15). La fiesta de los Tabernáculos (tiendas o cabañas), cincuenta días después de Pascua, les recordaba cada año los cuarenta años de peregrinación por el desierto, camino de la tierra prometida.

La descripción de la tienda del desierto se hace, en la tradición sacerdotal, en la época del exilio, con elementos tomados del recuerdo del templo de Jerusalén. Pero, a su vez, el templo de Salomón, que reemplazó la tienda en que provisionalmente había instalado David el arca de la alianza, es concebido un poco como la tienda del desierto.

En la nueva alianza, la tienda y el templo son reemplazados por la humanidad glorificada de Cristo, que es, para decirlo con el título de un libro clásico de Schillebeeckx, «el sacramento del encuentro con Dios». El cuarto evangelio es el que más insiste en el cumplimiento del «misterio del Templo» (título de otro estudio clásico, éste de Y.-M. Congar) en Cristo resucitado. Aludiendo a la visión de Jacob en Betel,

Los salmos en la Liturgia de las Horas

1. La Iglesia primitiva y los salmos

¿Recibió la Iglesia naciente el Salterio de la sinagoga y lo empleó sin solución de continuidad, o hubo un primer tiempo en el que los cristianos no oraban con los salmos? Por la discontinuidad se inclinan Salmon, Saint-Arnaud y otros, todos los cuales se basan en un trabajo de Baltasar Fischer. Según este último autor, primeramente no se usaba el Salterio en la liturgia cristiana, sino sólo himnos de nueva creación, como los que leemos en el Nuevo Testamento, pero más tarde, por el peligro del gnosticismo que no pocos himnos nuevos vehiculaban, hubo una reacción que llevó a no cantar más que textos estrictamente bíblicos, y ante todo los salmos; este cambio habría ocurrido, según Fischer, en tiempo de la Iglesia de los mártires.

Muy importante para decidir esta cuestión es el sentido que haya que dar a los «salmos, himnos y cánticos» mencionados en Ef 5,19 y Col 3,16. Los «salmos» mencionados en primer lugar, ¿son los de nuestro Salterio, y los himnos y cánticos serían creaciones cristianas, o reelaboraciones cristianas de cánticos judíos? Algunos piensan que aquí se llama «salmos» a creaciones o reelaboraciones cristianas; pero, al contrario, A. Arens, en su artículo *Psalmen* en el *Lexikon für Theologie und Kirche* (t. 8, 1963, pp. 854-858), nota que en los LXX *hymnoi* designa a los salmos; p. ej. en el salmo 71,20 leemos: «acaban los *himnos* de David» (lo mismo en 2

Crón 7,6; Ne 12,36, y en algunos textos no canónicos de Filón, Flavio Josefo y 3 Mac).

Una posición intermedia es la de los que sostienen que en la Iglesia primitiva, y quizás ya en la sinagoga, los salmos eran objeto de lectura (como la Ley y los Profetas), pero no servían para el canto y la oración.

A pesar de numerosos estudios recientes, hay que reconocer que nos falta información sobre la práctica litúrgica tanto de la sinagoga como de la Iglesia primitiva. Con todo, el uso de los salmos en la comunidad cristiana más primitiva puede darse por atestiguado por las copiosas citas registradas en el Nuevo Testamento. Nadie discute que en el Nuevo Testamento hay numerosos himnos que se tomaron del culto y se incorporaron a las cartas paulinas o petrinas. Con mayor razón, las numerosas citas sálmicas del Nuevo Testamento no se explican si no es por uso habitual de los salmos.

En vano buscaríamos un canon o decreto conciliar de la Iglesia primitiva decidiendo la adopción del Salterio, como tampoco lo hay adoptando el Pentateuco o los libros proféticos: la Iglesia de Jesús reza los salmos desde antes de nacer, desde el vientre de su madre, la sinagoga. Los primeros cristianos no se plantearon nunca la cuestión de tomar o dejar los salmos, como tampoco lo hicieron acerca de las demás Escrituras, por la misma razón que no se plantearon jamás la cuestión de salir de Is-

rael, del templo o de la sinagoga para fundar una nueva religión. No «se fueron», sino que «los echaron», pero ellos siempre se consideraron el verdadero Israel (cf. el estudio de W. Trilling sobre la teología redaccional de Mateo, titulado precisamente *Das wahre Israel*, «El verdadero Israel», Leipzig 1958), y por consiguiente se tenían por los destinatarios auténticos de las Escrituras. Jesús primero y los apóstoles después frecuentaban el templo (hasta su destrucción el 70 d.C.) y las sinagogas, y allí escuchaban las lecturas de la Ley y los profetas y cantaban los salmos. Pablo hace lo mismo en cuanto llega a una ciudad: espera el primer sábado y acude a la sinagoga para proclamar que aquellas profecías y aquellos salmos se refieren a Jesús de Nazaret. Especialmente la versión griega de los LXX era tenida en gran aprecio en la Iglesia apostólica, que leía en ella la acreditación de Jesús como enviado de Dios; por eso en el judaísmo oficial hubo un rechazo hacia los LXX y se emprendieron otras versiones griegas más literales.

Fueron las autoridades judías las que decretaron la excomunión de los judíos que creyeran en Jesús. Ésta fue una de las decisiones del sínodo de Yamnia o Yabná, que Jn 9,22.34s, en el episodio del ciego de nacimiento, retrotrae a los tiempos de Jesús. En la Iglesia primitiva hubo diversas tendencias, derivadas especialmente de los grupos de procedencia (judíos palestinos, helenistas, paganos), que divergían en cuestiones tales como la circuncisión, la observancia de la Ley, la pureza de los alimentos o la importancia del Templo, pero la aceptación de las Escrituras, entendidas como una gran profecía sobre el misterio de Cristo y de la Iglesia, queda fuera de toda discusión de grupo. No es verosímil que se hiciera excepción precisamente con los salmos, que eran tan queridos de la piedad judía y que hallamos tan citados en la catequesis apostólica (discursos de Hechos, fórmulas de la fe de las cartas paulina o petrinas). Como dice Arens, los que lo niegan son quienes deberían aportar pruebas positivas de su negación.

2. Los salmos en la Liturgia de las Horas

El Oficio divino es una liturgia de la palabra, y como tal consiste esencialmente en un diálogo entre Dios y su pueblo: él nos habla por las lecturas y nosotros le hablamos con himnos y salmos. En la Eucaristía y demás sacramentos, la acción estrictamente sacramental viene precedida de una liturgia de la palabra, en la que lo principal son las lecturas, y lo secundario los salmos o cantos con que respondemos a ellas. En cambio, en la Liturgia de las Horas, por ser sobre todo oración de alabanza y súplica, tienen la primacía los salmos, a los que Dios nos responde por las lecturas. Por eso las lecturas de la Liturgia de las Horas –excepto en el oficio significativamente llamado *de lectura*– son mucho más breves que la salmodia.

43 LOS SALMOS EN LA LITURGIA DE LAS HORAS (B)

La viga maestra, la columna vertebral de la Liturgia de las Horas son los salmos. Vivificando los salmos, estamos vivificando la Liturgia de las Horas. Todo lo que se haga, cualquier iniciativa que se tome en este sentido, es un impulso enriquecedor para la vida de la Iglesia.

Ignacio Larrañaga, *Salmos para la vida* (Instituto Teológico de Vida religiosa, Madrid 1979), p. 8.

Por consiguiente, del conjunto de elementos que integran la Liturgia de las Horas –salmos, lecturas, antífonas, responsorios, himnos, preces, colectas, etc.– el más importante sin duda es la salmodia. El Oficio divino es, fundamentalmente, una salmodia aderezada con algunos otros elementos.

Al tratarse de la reforma del Oficio, ya antes del Vaticano II, no habían faltado voces sugiriendo que la Iglesia debería tener el valor de prescindir de los salmos, por ser literatura de un pueblo muy distante de nosotros culturalmente e incluso religiosamente;

los salmos serían poco aptos para expresar la oración específicamente cristiana. Tales voces fueron terminantemente rechazadas. La Iglesia del concilio y del posconcilio no se ha separado de la tradición bimilenaria que tiene el Salterio como su gran libro y escuela de oración. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia ni siquiera se plantea la cuestión, sino que la da por resuelta positivamente. En la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, núm. 100, se dice que «en la Liturgia de las Horas, la Iglesia ora sirviéndose en buena medida de aquellos cánticos insignes que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, compusieron los autores sagrados en el Antiguo Testamento. Pues por su origen tienen la virtud de elevar hacia Dios la mente de los hombres, excitan en ellos sentimientos santos y piadosos, los ayudan de un modo admirable a dar gracias en los momentos de alegría y les proporcionan consuelo y firmeza de espíritu en la adversidad».

3. Criterios de reforma del Vaticano II

3.1. *Pautas del concilio*

El concilio, en la constitución *Sacrosanctum Concilium*, se limitó a establecer unos criterios generales e, igual que en el resto de la liturgia, recomendó a la Santa Sede la preparación de los nuevos libros litúrgicos. Sobre el Oficio en general, se quería hacer por manera que el breviario no fuera para los sacerdotes y demás obligados a su rezo una carga pesada, sino «fuente de piedad y alimento de oración personal», y que se adaptara el tesoro venerable del Oficio romano «de manera que puedan disfrutar de él con mayor amplitud y facilidad todos aquellos a quienes se les confía» (*Sacrosanctum Concilium*, núm. 90). Pero por otra parte el concilio quiso devolver a la Liturgia de las Horas su carácter de oración de toda la Iglesia, y por tanto también del pueblo. En relación con nuestro tema –los Salmos– dispusieron los Padres conciliares que el Salterio se distribuyera no en una semana, sino en un período de tiempo

44 EL SALTERIO Y LOS SANTOS

Numerosos son los santos Padres que han alabado y amado de modo muy particular el Salterio, con preferencia a otros libros de la Escritura. Ciento que basta la obra para hacer el elogio del artesano (Ben Sira 9,17), pero también nosotros tenemos que aportar nuestro elogio y agradecimiento. En los últimos tiempos se han divulgado una grandísima cantidad de leyendas y pasiones de santos, libros de ejemplos y relatos, y han llenado así el mundo de suerte que el Salterio se encuentra arrinconado en una oscuridad tan profunda que ya nadie entiende correctamente ni un solo salmo. Por lo que a mí hace, creo que no ha habido jamás, ni jamás podrá haber en la tierra, libros de ejemplos o de leyendas de santos que superen en distinción al Salterio. Y si alguien quisiera escoger, reunir y editar del mejor modo todo lo que los ejemplos, leyendas y relatos contienen de bueno, no saldría otra cosa que el actual Salterio. En este libro, en efecto, no sólo encontramos lo que uno o dos santos hicieron, sino lo que la Cabeza misma de todos los santos hizo, y lo que todos los santos siguen haciendo. Vemos en él la actitud que adoptan hacia Dios y los hombres, amigos y enemigos, y cómo se comportan en los peligros y sufrimientos. Además, el Salterio contiene toda suerte de enseñanzas divinas saludables (...). En fin, el Salterio da confianza y propone una conducta segura, de modo que podemos andar con seguridad por la ruta de todos los santos. Otros ejemplos y leyendas de santos mudos citan gran cantidad de obras que hicieron y no se pueden imitar. Más aún: cuentan obras más cuantiosas aún que son numerosas de imitar y que engendran ordinariamente sectas y partidos, desviándonos y separándonos de la comunión de los santos. En cambio el Salterio te preserva de los partidos y te conduce a la comunión de los santos, porque te enseña a pensar y a hablar con la alegría, el respeto, la esperanza y la tristeza, tal como todos los santos pensaron y hablaron. En resumen, si quieres ver a la Iglesia católica en un cuadro lleno de vida, de color y de relieve, en una pequeña miniatura, toma y estudia el Salterio. En él tienes un excelente espejo, claro y puro, que te mostrará qué es la cristiandad. Verdaderamente, te descubrirás a ti mismo; encontrarás en él el verdadero *nothi seauton* («conócete a ti mismo»), y también al mismo Dios y a todas las criaturas.

Martín Lutero, *Prefacio al Salterio* (trad. francesa, *Oeuvres*, Labor et Fides, t. III, Ginebra 1963), pp. 263-264.